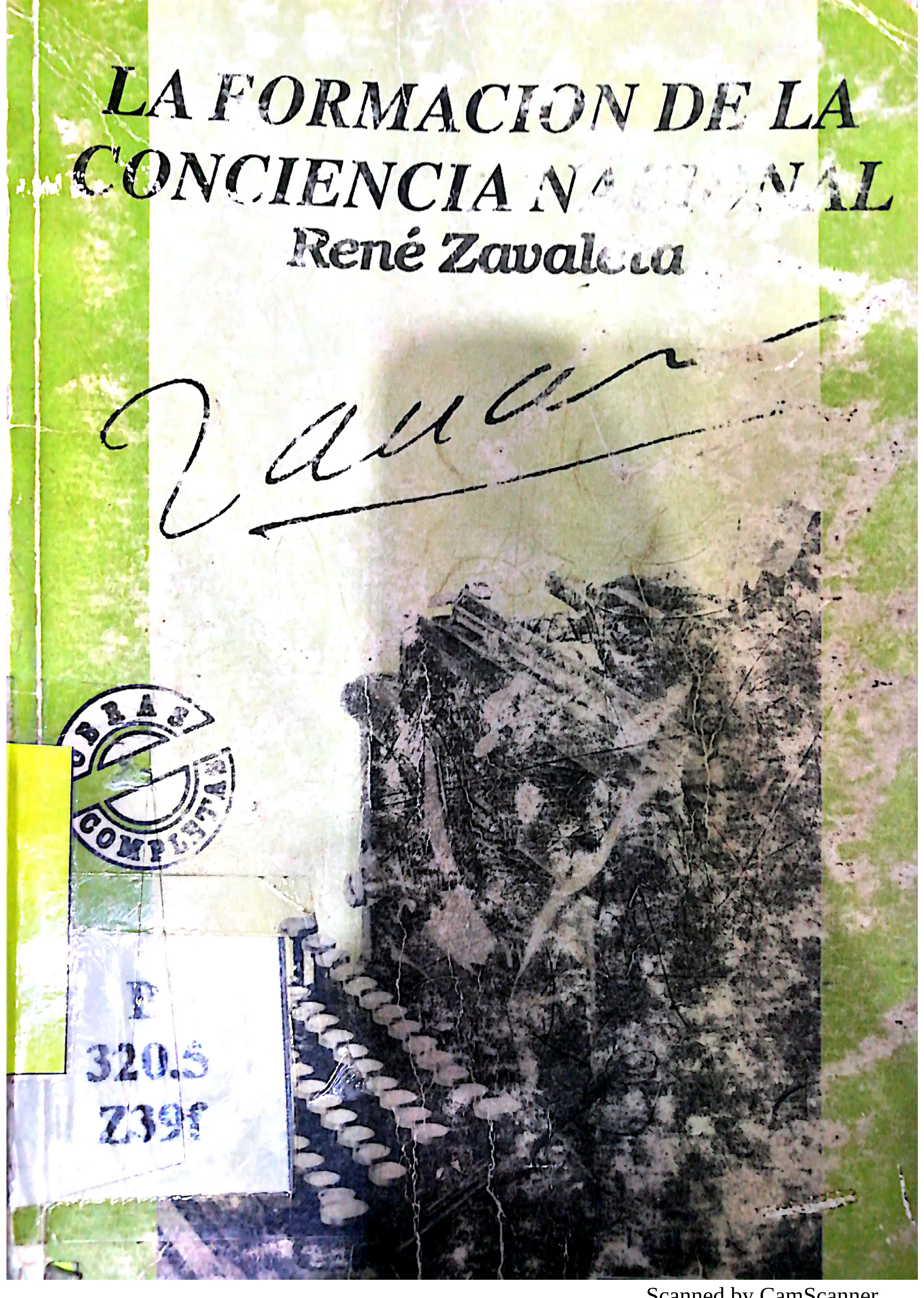

LA FORMACION DE LA
CONCIENCIA NA NAL
René Zaval ta
OBRAS COMPLETAS
P
320.5
Z39f

I

LOS CONSTANTES Y LOS ENTREGADORES

Nacimiento de Nicolás Flores — Los fantasmas ávidos de Potosí — Las alegres chicanas conceptuales de Chuquisaca — Nacimiento del formalismo — La mita crea a los doctores — El retruécano como sistema ideológico — Los guerrilleros, las republiquetas y los doctores dos caras — Decadencia original de la oligarquía — Los planes geográficos del Protector — Bolivia pierde una guerra 40 años antes de que ocurra — El feudalismo zonzo — El Tata Belzu — Crónica de un centauro borracho — Malgarejo o el Anti-Pueblo — El misterioso maniqueísmo de Linares — El Castigador y su proyecto — Arce, el positivismo y la gripe — El pragmatismo lineal o el programa de asociación con el imperialismo — Un Bismarck mestizo — El general Montes compra una carroza — Creación del latifundismo moderno — Cuarteamiento del desarrollo histórico de Bolivia — Los hechos vienen de fuera.

Cuando nació Nicolás Flores, "el primero que se logró de los que en Potosí nacieron" hubo alboroto entre los acantonados en aquella hermética sierra. Era el primer fruto humano de Potosí porque, hasta entonces, las mujeres habían tenido que salir a los valles para recibir a sus hijos. Enorme fue la bulla general y se multiplicaron los fandangos, considerando a Nicolás algo como un milagro, sabiendo todos que la plata era estéril y mejor sabía matar y hacer matar que dar vida ni criar a nadie. "Potosí —escribieron sus cronistas— cuanto engendra es plata y no se ocupa en yerbas; no cría nada de leñoso y tiene cuanto el apetito finge regalado" (1). Hasta entonces, su solo habitante verdadero hab'a sido el viento, "viento que corre y reina desde mayo hasta septiembre, más forzoso que el cierzo, aunque sean de las mismas propiedades; jamás agasajan, nunca acarician, todo lo secan y a todos ofenden". No era todavía, empero, cincuentón ni autor del Quijote, Miguel de Cervantes cuando, en julio de 1594, hizo memorial pidiendo un corregimiento en Chuquiavo, que es ahora La Paz, o en un lugar cualquiera del Alto Perú. Fue la plata de Potosí la que atrajo a Cervantes a pedir aquella canonjía altoperuana sin duda con la pretensión de paz próspera en pago de servicios.

La de Potosí es la historia de un esplendor inútil y de una riqueza sin sosiego. No le guardaron las verjas custodias sus piñas de plata en las petacas escondidas porque los fantasmas ávidos de las riñas potosinas entraron lo mismo a disputarse la muerte, como si tuviera plata. Diego Huallpa, indio mal avisado de las

---

(1) ANALES DE LA VILLA IMPERIAL DE POTOSI, Bartolomé Martínez y Vela.

ventoleras pasionales de la riqueza, descubrió el Cerro Rico, que cambió el mundo, una noche en la puna con solo querer, junto al fuego de la paja brava, calor para sus huesos helados de arriero de cerros sin calor. Diego también era Centeno, el que quitó a la mala esta riqueza sin igual que a Huallpa no le importaba. "Monstruo de riqueza, cuerpo de tierra y alma de plata, abriendo su boca para llamar al género humano". Huallpa ni Centeno fueron, sin embargo, los que hallaron Potosí sino el mercantilismo europeo, que había venido para eso.

Burckhardt dice que la discusión y la consideración objetiva del Estado y de todas las cosas de este mundo, se cumplieron primero en Italia. Este sentido antropocéntrico de la vida existió también eficazmente en los conquistadores. Las exculpaciones daban por fin de la conquista la evangelización de los indios pero no es cosa de azar que la cristianización se encaminara hacia los centros ricos. Los españoles trajeron el sentimiento del oro, es decir, las nociones de abundancia y carencia, desconocidas en aquella cultura colectivista y también, por consiguiente, las ideas de la soledad, la competencia y el individuo. Es el idioma de la ambición el que, en el *gold rush* de la Conquista, construye el mito de El dorado cuya versión altoperuana es el Gran Paititi, perdido o escondido en la manigua inextricable de Moxos. Los que llegaron tarde al reparto del oro se consumieron buscando un tesoro que probablemente no existió. La contraparte de este lenguaje de la avidez fue el sentimiento de falta o pobreza que trabajó desde entonces en los despojados ánimos populares.

Potosí es una clave para explicar hasta qué punto lo que ahora llamamos Bolivia es un cuerpo histórico interrumpido, invadido, saqueado y distorsionado por los extranjeros. Sin remitirnos, siquiera precariamente, a este punto, es difícil describir las características del actual nacionalismo boliviano así como de la historia política de Bolivia en los treinta años últimos. No hay nada en Bolivia que no arranque de aquel Potosí. Dicen los árabes que el pasado se parece al futuro como una gota de agua a otra y cuando se hace el recuento de los personajes del presente parecería, en efecto, que no se trata sino de una disputa de fantasmas resurrectos. En sus grandes lineamientos, la historia del país es el escenario en el que se contradicen, a menudo violentamente, los invasores y el ser nacional pero esta aseveración tiene toda la quietud y la simplificación de los esquemas en general. Los dos personajes centrales se concretan en una serie no poco compleja de matices y con frecuencia usan como soportes humanos o ejecutores o héroes a hombres o grupos que no siempre tienen una conciencia global del personaje al que están sirviendo. La conciencia de la víctima no es necesaria para que la tragedia ocurra y, en consecuencia, tampoco en todos los casos el espíritu de los invasores o la Anti-Nación se expresa en una conciencia devastadora por parte de sus ejecutores y, por otra parte, muchas veces, los bárbaros encarnan mejor los intereses de la nación que los civilizados.

A diferencia de lo que ocurrió en la mayor parte de los países latinoamericanos, Bolivia no es una creación occidental, por lo menos culturalmente, aunque es cierto que su realización como Estado nacional moderno sólo puede cumplirse a través de las nociones

que allegaron los conquistadores. El grado en que esta cultura nacional tiene arraigo y no es desarraigable se advierte desde los hechos más inmediatos, flagrantes por demás: los alimentos de los bolivianos, los animales que crían y explotan, son las especies que sus antepasados domesticaron e hicieron aptas para el hombre. Hace diez mil años que viven en ese lugar. Por otra parte, la idea de que la historia existe solamente allá donde se da una conciencia de la historia, es decir, del hombre en cuanto tiempo, suele vincularse directamente con las acumulaciones de la historia escrita pero quizá sea preferible atenerse a cánones más conservadores y decir que los hombres existen como historia cuando se organizan políticamente con propósitos en el tiempo y, en este sentido, la conquista fue para Bolivia la invasión de un cuerpo histórico ya existente y, para la nación, fueron los españoles lo que los árabes para los españoles, su enriquecimiento pero no su creación.

No comienza con los españoles pero Potosí es una clave porque, como hecho económico, su descubrimiento, su explotación y sus emergencias, más aún que la Conquista misma que de otra manera no hubiera sido sino una incursión, interrumpen el crecimiento natural, hijo de sus propias causas y procurador de sus propios efectos, separado, congruente y sucesivo de aquel cuerpo social pre-existente. Deja de ser autónoma, desde entonces, la evolución histórica del país y el cuerpo nacional debe soportar un crecimiento exógeno, desigual y por saltos, introducido desde fuera, al que ciertamente le cuesta acomodarse, dentro del que debe moverse defensivamente porque la iniciativa histórica no le pertenece. Se inicia una paradoja des-

graciada: los hechos vienen desde fuera y, por tanto, para predecirlos, para esperarlos, para encauzarlos o rechazarlos se necesita una conducción política particularmente lúcida; pero es un país sometido y sus dirigentes suelen pagar un pesado tributo a la condición sumergida y ahogada de las provincias.

Los españoles intentan una sustitución cultural y fracasan pero cortan el decurso normal de aquel cuerpo histórico. Lo frustran pero no es forzoso considerar tal cosa como algo necesariamente desdichado. Por el contrario, hay razones para suponer que las pre-españolas eran culturas destinadas a una osificación más o menos sabia y más o menos brillante pero avanzando hacia una cueva. Había una organización simétrica y extensa y su estrategia política tenía verdadera densidad cultural pero no conocían la rueda. Su infantería era magistral y su sistema de caminos vastísimo, eran perspicaces y documentados acerca de sí mismos pero los animales de los que disponían no les servían como vehículo humano para grandes distancias, ni tenían alimentos protectores de primer orden. El oro mismo tenía para ellos un valor ceremonial y ornamental. Es el oro de América (la plata de Potosí) el que posibilita el mercantilismo europeo pero el oro vale por la idea del oro, por una noción cultural dentro de un cuadro histórico determinado y así el oro-materia es americano pero el mercantilismo es occidental y el oro sin el mercantilismo vale lo que los incas pensaban que valía: es un adorno.

Potosí provee y financia el mercantilismo europeo y lo desencadena pero no podía hacerlo sin hacerse mercantil él mismo. Grandes masas indígenas

asisten atónitas a la Colonia como atestiguando indiferentes, petrificadas y marginales la creación del mestizaje altoperuano y sus formas culturales, que conllevan los supuestos económicos e ideológicos que trajeron los conquistadores. En las alforjas de Pizarro, que era iletrado como un verdadero conquistador, vinieron algunas nociones que Pizarro no conocía. Concurren los indios con sus brazos, con la mita y el yanaconazgo pero la pirámide social de la Alta Colonia culminaba en los "mediterráneos y entendidos" doctores dos caras de Charcas cuya presencia a todo lo largo del ciclo republicano iba a ser decisiva, formadora y deformadora. La república oligárquica será tan decadente como los propios doctores de Chuquisaca. Razones tenía, en efecto, Gabriel René Moreno para escribir que "los doctores constituían una clase social pública, culminante y si decimos predilecta del Alto Perú". Asentados en Chuquisaca, "república peripatética, de doctores orondos, licenciados contrincantes, maestros leccionantes y colegiales cursantes, llovidos de todas partes para aumentar a prima, vísperas y nona, en los colmenares de las aulas, el murmullo interminable de las disputaciones y conferencias", los doctores constituían un gremio "no menos razonador que desocupado que siempre habilitó a sus individuos en la sociedad colonial para entender y consultar y dirigir y cuyos titulares más de una ocasión habían mostrado engreidísimo espíritu de cuerpo". Eran, en suma, los doctores, un producto suntuario que financiaba Potosí pero todavía es más exacto decir que los circunloquios de los doctores eran pagados y subvencionados por los mitayos de Potosí.

Formados en una universidad cuyos propósitos originales obedecían a la escolástica (que, según Alfon-

so Reyes, "parte cabellos en dos y provoca el hábito del retruécano mental que de las letras sale a la política"), parásitos florecidos en el ocio de una aldea orgullosa, los doctores que se beneficiaban de las abundancias provocadas por la plata potosina, que no necesitaban hacer trabajo alguno para vivir y disputar e imaginar, porque para eso había tantísimo indio, construyeron un sistema ideológico congruente —pólipos de un organismo que ya se había hecho equívoco— con su modo de vida, sistema tortuoso en el que el lucimiento del ingenio era más importante que la creación ideológica, que se preocupaba de lisonjear al mismo poder al que por otra parte se obsedía en desobedecer. Sus intrigas escondían docilidades y sus retruécanos subversiones y aunque es cierto que, con fórmulas como la del "se acata pero no se cumple", *trampeaban la obediencia* al poder español, por otro lado desvirtuaban el sentido de la lucha de la independencia, librada por la constancia de la furia nacionalista de los guerrilleros, disfrazando de silogismos monarquistas a los planteamientos republicanos. (2)

---

(2) El silogismo de Charcas era el siguiente: "Premisa mayor: El vasallaje es tributo debido no a España sino a la persona del legítimo rey borbónico de España. Premisa menor: Es así que nuestro legítimo y recién jurado señor natural don Fernando VII abdicó junto con toda la familia borbónica de España y ya no volverá. Consecuencia: Luego la monarquía está legal y definitivamente acéfala por vacancia del trono".
Como hace notar Moreno, "la aplicación positiva que se divisa al través de toda esta escolástica no debería ser otra que ésta: "De España, independencia completa luego al punto".

Los doctores dos caras eran el único grupo dirigente del que podía disponer entonces el Alto Perú y por eso la república nace decadente. Acostumbrados a las chacotas fáciles, al esplendor provinciano que podía proporcionar el uso del pongueaje, al feudalismo zonzo y corrupto, no podían ofrecer sino una jarana doctoral, un pensamiento de retruécanos locales, de intrigas dóciles y de un desarraigo practicante. Caóticas y dispersas en el ancho territorio, a las mismas horas en que los doctores no hacían otra cosa que ergotizar con soltura, las guerrillas hacían imposible el poder español y lo inmovilizaban pero no podían concretar su propio poder y se agotaron en un largo heroísmo que, por sí mismo, tenía el escaso destino de una gloria inútil. Por eso la independencia se resuelve a través de un hecho continental, que es el ejército de Bolívar. Los doctores se aprestan a administrar la independencia que los guerrilleros conquistan, agotándose y que Bolívar ejecuta.

En cierta medida, la historia republicana es después la repetición de esta discontinuidad que no tardará en hacerse enemistad entre guerrilleros y doctores. No más que como hitos ejemplares, para una composición a grandes trazos, es importante anotar, aun con el riesgo de incurrir en cierto nominalismo generalizado, la significación de Santa Cruz, Ballivián y Belzu, como representantes de una línea histórica con contenido nacional y de Melgarejo, Linares, Arce y Montes, como personajes en los que la alienación de los planteamientos o la acción reaccionaria concreta cumplen una función de servicios a los intereses antinacionales.

Santa Cruz intenta en la alta política lo que Tupac Amaru y Tupac Catari procuran desde una

desesperada movilización de grandes masas indígenas, la reconstitución del Imperio de los Incas. Su proposición se parece a la de Diego Portales, en Chile porque trata de crear una república oligárquica de tipo moderno pero también recoge un lado de las ideas anfictionistas de Bolívar. Sabe ya que la unidad latinoamericana como tal ha fracasado pero comparte con Bolívar su falta de fe en las áreas nacionales, así como estaban repartidas, y, probablemente obedeciendo a las simpatías de su sangre, busca la ampliación hacia el Perú. Lo que primaria y patéticamente plantea Tupaj Amaru desde abajo, lo plantea actualizado Santa Cruz desde arriba pero su esquema debe afrontar ya las limitaciones, las competencias y las pobrezas que resultan de la balcanización y no es una mera aserción decir que Bolivia pierde la Guerra del Pacífico cuarenta años antes de que ocurra, en Yungay. El plan de Santa Cruz no contaba con la movilización de las masas; era bonapartista y oligárquico y, para ser viable, hubiera necesitado de una oligarquía que no podía ser la que salió del parasitismo que se asentaba en la mita, en el pongueaje y en las alegres chicanas conceptuales de Chuquisaca. Distinto por cierto era el caso de Chile donde existía una oligarquía adusta, astuta y específica, compuesta por cateadores de minas pobres y agricultores que, por medio del talento político de Diego Portales, crea un Estado oligárquico con ideas más bien claras acerca de los intereses justos e injustos de su patria, que logra asociarse de un modo por lo menos ocasionalmente ventajoso para sí con los objetivos del Imperio Británico. Por contraste, la oligarquía de Bolivia no sirvió sino para recrearse en un carnaval grotesco y sin fuerza a las mismas horas en que la república oligárquica de Chile podía emprender con éxito una guerra de conquista. Desde el prin-

cipio, la oligarquía boliviana no sirvió ni siquiera como oligarquía y hasta hoy ha sido lo que podríamos llamar una oligarquía birlocha, aprisionada por su propia sensualidad, adormecida en su falta de sentido de la historia. Primero con Portales, que pensaba ya en Chile como Chile, y Santa Cruz, que pensaba en la Confederación Perú-Boliviana, ambos con planteamientos oligárquicos pero nacionales, y después en la propia Guerra del Pacífico, se realiza un enfrentamiento entre dos oligarquías en el que sale triunfante la que tenía más vigor.

Santa Cruz representa el único intento serio de crear una república oligárquica, con un sentido válido de los intereses nacionales. Esta concepción se repite, pero disminuída, en Ballivián, que cree defensivamente en la misma república oligárquica que Santa Cruz pensaba activamente, a veces en la ofensiva, en una iniciativa basada en su grandeza personal. Proyecto oligárquico sin una oligarquía del tamaño de postulación semejante, el de Santa Cruz está doblemente desamparado porque, por otra parte, no acude a la movilización de las masas. Era, por otros conceptos, un planteamiento hacia atrás, aunque desde arriba, como el del mismo Tupac Amaru. Pero Santa Cruz creía en la grandeza nacional, lo mismo que Ballivián y no es extraño que ambos fueran oficiales del ejército de Bolívar y Ballivián, además, integrante de las guerrillas de Lanza. Belzu, en cambio, cree en la movilización de las masas como movilización de masas misma. Los indios entran, con él, en su propio país pero con eso no ocurre más que una incursión porque la moviligación de las masas, análoga a las de Amaru y Catari, no se concreta históricamente en nada. Belzu convoca a las masas y las reúne, entra con ellas en el país

histórico pero no les da los elementos para quedarse en él. Es el fracaso de la movilización empírica.

Santa Cruz no creía en la viabilidad del país en sus límites geográficos dados o, por lo menos, suponía que las condiciones se hacían mejores en mucho con la Confederación pero su idea tenía un contenido fuertemente espacial y, en cierta medida, es el origen de las explicaciones geográficas acerca de la frustración del país. Para Belzu, la culpable era la oligarquía, contra la que movilizó a los pueblos. En Linares, sobre quien pesan factores inmediatos de alienación, se desarrolla un planteamiento ético según el cual la causa de los desastres nacionales es la *inmoralidad,* es decir, el pecado. Su maniqueísmo era simplísimo: es la inmoralidad la que nos frustra y, por tanto, el país es culpable; está perdido y entonces necesita un salvador —Linares— para instalar el bien. Es el caso de una alienación extraordinaria que apenas logra explicarse a través de algunos datos acerca de su personalidad. Con su hermana loca en el propio Palacio, hijo de españoles, Linares, que no había trabajado nunca, que no tenía sino una formación curialesca, estaba lejos de toda referencia de la realidad y veía la problemática nacional, como un verdadero extranjero, como la suma de las culpabilidades subjetivas. ¡Si Inglaterra hubiera tenido el destino que merecían los pecados de los ingleses! La idea del país-culpable iba a ser repetida después por todos los doctrinarios de la oligarquía e iba a hacerse famosa con la teoría del "pueblo enfermo" de Alcides Arguedas. Es uno de los puntos predilectos del repertorio oligárquico. Linares, en un planteamiento irreal, que corresponde a la propia irrealidad y al desarraigo que tenía su misma personalidad, intenta purificar el país pero tampoco servía

exactamente a los fines de la oligarquía, que apetecía desquitarse de una manera mucho más carnal de las vejaciones de que había sido objeto a causa del ascenso de masas que organizó Manuel Isidoro Belzu. Es un asesino colosal y reaccionario, Mariano Melgarejo, sobra sucia, fantasmal y titánica de las fuerzas de la noche el que, entre fandangos macabros y fusilamientos, hizo la más brutal de las brutales dictaduras del continente y, despojando a tiros las tierras de las comunidades indígenas, sentó las bases del moderno latifundismo boliviano repartiéndolas entre sus áulicos, pendolistas, juglares y bufones. Melgarejo, que siempre fue una especie de centauro borracho, representa la otra cara del sentimiento oligárquico de su tiempo y no en balde pertenecía al mismo partido — el *rojo*— de Linares. Linares representa la fase alienada de la oligarquía, que piensa que el país es culpable de sus propias tragedias, pero Melgarejo cumple el lado de la voracidad de los grupos oligárquicos; cede territorios al Brasil y a Chile, a cambio de caballos y de condecoraciones pero, al mismo tiempo, reparte la tierra de los indios entre sus amigos, miembros ya de la oligarquía o integrantes futuros de ella. Con esta experiencia, la oligarquía invoca a Linares y repite sus argumentos pero no pierde ocasión de conseguir un Melgarejo, que sirva salvajemente a sus intereses.

No tarda en aparecer una nueva estirpe de argumentos reaccionarios, sin duda más novedosos entonces, porque explotaban los antojos generales de la pobreza, pero a la larga igualmente antinacionales. Aniceto Arce, que construye el ferrocarril de Antofagasta a Oruro, imbuído de cierto positivismo, que se dispersaba en el mundo como después ocurriría con la gripe,

coincidiendo con un momento en que el imperialismo, como culminación hacia fuera del capitalismo, estaba ya en actividad plena, creía en el progreso indefinido, en la importancia del progreso como tal, como un fin en sí mismo y, socio él mismo del capitalismo anglo-chileno, ejecuta lo que podría llamarse la teoría del pragmatismo lineal o de la asociación con el imperialismo, idea en la que, a partir de Montes, iba a insistir hasta el cansancio el liberalismo, que lograría algunos resultados aparentes y que fracasaría en el Chaco. Ismael Montes, cuya personalidad política estaba destinada a pesar por algunas décadas, completó la obra de Melgarejo, en la tarea de crear latifundistas despojando a los indios de su tierra, constituyéndose en latifundista él mismo, pero también insistió, como Arce, en la asosiación con el imperialismo para crear un país moderno, idea de la que los representantes más visibles fueron los millonarios Manuel Avelino Aramayo y Simón I. Patiño. Se constituye así lo que en Bolivia se llama la *rosca,* es decir, las clases dominantes que prosperan bajo el dominio político del Superestado minero, clases integradas por empleados o agentes de la gran minería y por los latifundistas, contra las que se levantaría el pueblo a partir de 1935.

Esta enumeración tendría escasas significaciones si no sirviera para demostrar en grueso el grado en que la mutilación del crecimiento natural de la nación ha sido una constante sin alternativas. El suyo es un desarrollo histórico cuarteado: Bolivia desarrolla a saltos y sin coordinación; cada vez que el país intenta tomar camino, aparece un hecho exógeno mucho mayor que lo interrumpe. Desde fuera, los españoles introducen el mercantilismo sobreponiéndolo a una civiliza-

ción que no estaba todavía en disposición de encararlo por sí misma. Crean la sociedad colonial que da lugar a la aparición de un comercio relativamente intenso entre las provincias, basado en los productos brutos y también en ciertas manufacturas. En el terreno de la pura hipótesis, estas manufacturas, con un mercado protegido, habrían tenido que evolucionar hacia la formación de un capitalismo nacional y hacia ciertas industrias como hizo el Paraguay de los López. Política ni culturalmente el país estaba, empero, en condiciones de encarar tales tareas y tampoco crece el mercantilismo colonial. Por el contrario, su desarrollo es otra vez cortado por la introducción del imperialismo propiamente, que llega al país a partir de las concepciones que encarnan Arce y Montes que, admirando el progreso en bruto, el capitalismo de los países europeos, aspiran a asociar al país con el imperialismo y lo convierten en su proveedor y sirviente.

Los elementos expuestos están destinados a repetirse, revestidos y transfigurados, en una escena mucho más comprimida, en la historia política de Bolivia de las tres últimas décadas. Está claro, sin embargo, que Bolivia sufre la historia y no la hace. Desde los conquistadores, recibe los sucesos del mundo y sus iniciativas, sus grandes iniciativas populares o simplemente nacionales, son iniciativas de respuestas. Su existencia histórica se ha hecho una existencia defensiva.

II

GUERRA DE LOS SOLDADOS DESNUDOS

> "Un conjunto de hombres se convierte en un verdadero pueblo solamente en la guerra".
>
> **Heinrich von Treitschke.**

El Chaco: curiosidad para antropólogos crueles — Una lucha tribal con elementos modernos — El Paraguay, Bolivia y la reina Victoria — Los ingleses en la pampa húmeda — El orden de los chilenos de Portales — La década infame en el Chaco Boreal — El fracaso de la retórica liberal — La xenofilia montista — Mansos y sin astucia en cueva de miedo — El liberalismo químicamente puro de Salamanca — Los ineficaces sueños cartográficos del liberalismo — La pedagogía oligárquica y las preguntas de la Guerra — Las explicaciones espaciales — El pecado geográfico — Bolivia, absurdo geográfico — El fatalismo de un geógrafo español — El territorio como milagro — La teoría del país culpable — Bolivia, pueblo enfermo — Arguedas, el solecismo y la sociología — Las arbitrarias tesis nacionalistas de

La Guerra del Chaco, con su absurdo carácter de duelo multitudinario entre soldados desnudos, es el fenómeno a partir del cual comienza la conciencia y la rebelión de las clases nacionales. Si nos atenemos a las justificaciones que se daban para la empresa bélica por parte de los dirigentes e ideólogos de ambos bandos, se tiene que concluir en que el Chaco no fue sino el enfrentamiento de dos mentalidades provincianas, ahogadas en el florecimiento de las grandes palabras, abrumadas por el amor profesional a la patria, y se tiene que filiar a esta guerra como a una lucha tribal con elementos modernos.

Impresionados con lecturas insuficientes acerca de las guerras internacionales que fueron parte del proceso de formación de los Estados nacionales europeos, los gobernantes paraguayos y bolivianos se enfervorizaron, como los políticos que al final creen en su propia propaganda, con una guerra cuyo contenido histórico por cierto ignoraban. En el Chaco luchan —en una suerte de autofagia, que es una rica curiosidad para uso de antropólogos crueles— precisamente los dos países que, en el siglo XIX, fueron las víctimas más flagrantes de las dos guerras que organizó el glorioso comercio de los ingleses, como parte latinoamericana de la era de la reina Victoria. Entre el Imperio del Brasil, que heredó del Portugal el idioma y su dependencia de Inglaterra, la Argentina de Mitre y el Uruguay como pretexto hicieron la salvaje guerra, llamada de la Triple Alianza, contra el Paraguay autónomo de Solano López y, a manera de restaurar las libertades de los paraguayos, abrieron para los ingleses un mercado que se había mantenido independiente. No es menos clara la participación del capitalismo anglo-chileno en la Guerra del Pacífico, con la que los chilenos

conquistaron salitre para los ingleses y cobre para los norteamericanos, no sin confinar a Bolivia entre sus cordilleras, despojándole de su acceso al mar. En aquel momento, la oligarquía chilena, absorta en las ideas de la grandeza balcanizada de Portales, necesitaba un fin extrínseco para realizar a Chile como república oligárquica. Da al pueblo chileno fines históricos fuera de Chile y, de esta manera, puede realizar su propio orden interno, que dura hasta hoy. Chile conquista territorios y los ingleses las riquezas naturales que había en ellos pero la república oligárquica es el ersatz más brillantemente aproximado de un Estado nacional. En alguna medida, Chile mismo se enriquece, con los excedentes de la explotación capitalista, pero, principalmente, realiza las formas del Estado nacional liberal, sin alcanzar su sustancia. Al final, es una semi-colonia, con una peripecia incidentalmente dichosa, pero semicolonia como los demás países latinoamericanos. Los propios economistas chilenos han estudiado en qué forma las riquezas conquistadas por la Guerra del Pacífico, que es probablemente el mayor factor de alienación en la historia de ese país, no beneficiaron a Chile mismo, que es fisonomizado por eso como el caso de un desarrollo frustrado.

Cuando no existe una clase dirigente con autonomía de pensamiento, lo que sucede en los países costeños, sucede también en los países mediterráneos, sólo que después y de un modo todavía más imperfecto. En lugar de aprender su propia historia, los liberales del Paraguay y de Bolivia se dedican a admirar a los países que los habían vencido, a repetirlos y envidiarlos. Tratan de imitar la asociación con el imperialismo que, con algún éxito, se cumplía por parte

de la oligarquía porteña y de la chilena, anglófilas ambas, pero descuidan observar las condiciones específicas de tal juntamiento. Con una feroz política de penetración que aquí no vaciló en nada, en la Argentina, dan lugar los ingleses, sin embargo, a la aparición de un capitalismo rural que entra en los rieles de sus ferrocarriles, capitalismo que resulta, por lo menos en un largo principio, fácil y sorprendente porque sorprendentes y fáciles eran las condiciones excepcionales de la economía directa de la pampa húmeda; hecho éste insólito por sí mismo se ve complementado por la instalación de grandes masas de inmigrantes que, naturalmente, no sólo estaban interesados en ocupar esta tierra que era de las mejores en el mundo sino que, contra lo que se piensa por lo común, llegan en un alto porcentaje provistos de pequeños capitales y de una mentalidad no sólo ya pre-capitalista con lo que se crea un proceso de expansión. Es parecido pero menor, por las mismas dimensiones del país, el ciclo chileno. En un caso como en el otro era la historia la que se iba a encargar de demostrar que, ni aun en las condiciones aparentemente más ventajosas, la asociación con el imperialismo es exitosa para el país.

Respaldado por el capitalismo anglo-argentino, que aún hoy es propietario de un tercio de su territorio, el Paraguay lleva la iniciativa en las acciones bélicas. El objetivo de la Guerra del Chaco fue el petróleo que se suponía que existía en cantidades fuera de lo común en la franja subandina del sudeste boliviano, yacimientos que habían sido entregados en calidad de concesión a la Standard Oil. Después de que se le obligó como nación a recibir a los ingleses no resultaba del todo incongruente que la Royal Dutsch Shell in-

tentara la adquisición de esa riqueza presunta usando a un país y sólo así se explica el ardor con que el Paraguay se lanza a una empresa aparentemente funambulesca.

Desde una posición que parecía ventajosa para Bolivia, Salamanca, que postulaba un liberalismo químicamente puro que sólo se puede concebir en las provincias de las provincias, se enamoró también de la idea de la guerra y, presuntuosamente entusiasmado con la posibilidad de un éxito nacional fácil para un país que no había tenido experiencias bélicas felices desde la batalla de Ingavi, convocó a los pueblos y enardeció a la nación, la embarcó en una guerra que no sólo era estúpida dentro de un marco histórico en grande sino también en sus propios detalles organizativos. Tiene que ver bastante con esta exultación de Salamanca su propia personalidad: hombre enfermo, se enamora de la fuerza; provinciano quieto, se entusiasma con los juegos épicos; desprecia los pobres detalles y no sabe que crecen. La Standard Oil sabía, entre tanto, lo que los bolivianos iban a descubrir sólo treinta años después: que los yacimientos disputados eran escasamente importantes. En consecuencia, no mostró mayor entusiasmo con los aprestos bolivianos. Con la cobertura proporcionada por los intereses de la Royal Dutsch Shell y la oligarquía vacuna argentina, que estaba entonces en el auge de la *década infame*, el Paraguay, aun siendo un país más pequeño y pobre que Bolivia, logra tener una protección internacional mayor. Salamanca lleva a Bolivia a la guerra sin ningún objetivo estratégico (el fin de la empresa, lo había dicho él mismo, era "ganar la guerra"), sin conocimiento real de las características de la zona, sin sentido

de la movilización nacional (en las ciudades, apenas si se sentía la diferencia entre la paz y la guerra).

No por sí misma sino por los fenómenos que desencadena, la Guerra del Chaco tiene, sin embargo, una grande importancia. Antes que nada, el Chaco es el fracaso de una retórica, de la retórica liberal. El general Montes, con sus mostachos de Bismark mestizo y tras él toda la juventud florida le habían hecho creer al país que sus instituciones eran serias y, con cierto sentido de las ceremonias y de las grandes palabras, el país en efecto había llegado a pensar que las universidades eran buenas, porque sí, que el ejército era eficaz, porque marchaba con el paso del ganso, que el Ejecutivo era lógico y poderoso, porque el general Montes le había comprado una carroza. En el fondo, el liberalismo aspiraba a crear una república progresista en asociación con el gran capitalismo minero y la banca internacional. El ingreso de la Standard Oil y los ferrocarriles ingleses son parte de este esquema que se basaba en una fe inveterada, tenaz e irrenunciable en el programa de asociación con el imperialismo que, a las mismas horas pero en mejores condiciones, se estaba realizando en la Argentina y en Chile.

Detrás de todo estaba, empero, la xenofilia esencial de la oligarquía boliviana. En realidad, la oligarquía practica, con cierta consecuencia, su propia pedagogía, que le es útil pero no nace de ella misma sino de su modo de ser anti-nacional; es antinacional pero esto también puede decirse de otro modo: representa en lo nacional a los intereses extranjeros. La incursión del extranjero en la vida propia nos impone un desarraigo, una enajenación que nos quiere mansos

y sin astucia en una cueva hecha de miedo, materia prima incapaz de sí misma, extraños a nuestra propia naturaleza, a nuestra historia, a nuestros intereses, a nosotros mismos, babiecas sumisos a las formas ajenas. En su invasión, que se mueve de un plano al otro, del económico al cultural, esto que Montenegro llamaba el coloniaje extranjeriza a sus palafreneros y a sus clases-agentes al punto que ellos no encuentran cosa mejor para el país que el ser francés o inglés o norteamericano o qué diablos con tal de que se sienta impropio, atrasado, estúpido y necio a lo nacional. Esta vez, Montes, con la solemne soberbia de su ignorancia y Salamanca, con sus largos discursos brillantes sobre temas que no importaban, todos los que participaron o concurrieron a la república liberal, no hallaron nada mejor que repetir lo que se hacía en Chile y en la Argentina pero mal, con un país latifundista, asociado a Patiño, que a su vez se asocia con los ingleses.

El Chaco es el fracaso de la república liberal, es decir, la frustración violenta, de un tajo, de la asociación con el imperialismo. El país lo vive como una derrota. Objetivamente, si las nociones de victoria o derrota se vinculan con los hechos concretos de la Guerra, sólo con la anécdota bélica y sus consecuencias frontales, ese sentimiento de fracaso que se apodera de la nación no obedece a la realidad. Pero resulta, en cambio, la expresión de datos históricos más profundos. Los ineficaces sueños cartográficos del liberalismo enseñaban a los bolivianos que su territorio llegaba prácticamente a los suburbios de Asunción de tal suerte que, si la victoria de esta guerra (cuyo solo objetivo era ganarla, según Salamanca), significaba reivindicar los territorios del mapa, vacío de realidad

como una entelequia, el Paraguay hubiera tenido que desaparecer. Poco decían, por eso, los fines cartográficos de la Guerra y, por otra parte, los yacimientos de hidrocarburos quedan en territorio boliviano. La Guerra concluye con una mortandad enorme para los dos bandos, dividido un territorio de discutible importancia económica, de viabilidad futurísima, con el petróleo dentro de Bolivia. Pero el país tiene razón cuando se siente frustrado porque, en la movilización, en la conducción de la Guerra, en la lucha de los días, descubre que no es verdaderamente una nación. Los bolivianos van a conquistar o a defender el país territorial, descubren que hay que conquistar el país histórico cuyo enemigo no es, desde luego, el Paraguay. La convivencia militar de grandes grupos humanos frente a una emergencia concreta se parece al papel de las ciudades y especialmente de las instalaciones industriales en la formación de una conciencia colectiva. Los proletarios, en las grandes fábricas, se reconocen entre sí porque están agrupados ante intereses específicos. Movilizados, los bolivianos se reconocen entre sí, descubren la quanta y la quala del país humano. La Guerra les obliga a hacerse preguntas.

El sentimiento nacional del fracaso resulta tan denso que había que explicarlo. Cuando Bolivia perdió su litoral marítimo, la oligarquía se limitó a decir que tal cosa había sucedido porque Hilarión Daza, entonces Presidente, era un borracho ignorante o porque la Guerra se había producido en un momento en que el país estaba asolado por la sequía y las pestes. Pero la Guerra del Chaco fue conducida nada menos que por Salamanca, el más ilustre representante del momento, en el florecimiento del sistema oligárquico. Se intentó

todavía asegurar que la Guerra se había perdido "por los militares", como si los militares no fueran sino una de las caras del sistema. Después, naturalmente, las exégesis de esta Guerra, que siempre fue tomada como una catástrofe, tuvieron que ir más lejos.

Remitieron las explicaciones a un doble fondo fatalista que sucesivamente culpaba a la naturaleza y a los hombres. La primera de ellas, la del fatalismo geográfico, acudía a las doctrinas del español Badía Malagrida que había sugerido que, al ser Bolivia al mismo tiempo un país andino, platense y amazónico, atraído además por el Pacífico, era un "absurdo geográfico". Con esta geopolítica de bolsillo que, aplicada a los demás países latinoamericanos, daría por resultado la división del Perú en dos partes o más y del Brasil por lo menos en tres, los ideólogos de la oligarquía hallaron el cómodo expediente de canalizar la frustración del país hacia una irremediable desgracia territorial. Como es usual, un engaño suele ser refutado por otro y así, la doctrina del territorio como tragedia engendró una respuesta igualmente alienígena, que se podría llamar la teoría del territorio como milagro o de la geografía como elección de los dioses. Jaime Mendoza es el autor de la tesis del Macizo Andino según la cual una vértebra coherente y ordenadora explicaría la existencia térrea del país, desde el nudo de los Andes hasta los ríos amazónicos y platenses. Así como, según el asercionalismo de Badía Malagrida, el país estaba perdido por la naturaleza, para Mendoza, el destino del país estaba *dado* por la Cordillera de los Andes.

Mendoza, que era un nacionalista fervoroso, no había entendido que la naturaleza existe más cuando

el hombre existe menos, que la geografía derrota a los hombres cuando la historia no somete a la geografía a los fines políticos de los hombres. La naturaleza, desde luego, condiciona en una gran medida, pero siempre en una relativa medida, a los hombres. Un país, empero, es siempre un hecho histórico, es decir, un hecho cultural y la cultura es la dominación de la naturaleza y a veces su negación. Los hombres rompen la fatalidad y adquieren el poder de decidir aunque, por otra parte, es cierto que, lo decía Bacon, la única manera de dominar a la naturaleza es seguirla. Más elaborada, esta concepción geográfica del país —la naturaleza negando al país o la naturaleza justificando por sí misma la existencia del país— iba a repetirse dentro del ciclo de la Revolución Boliviana, a través de la concepción agrarista del desarrollo económico.

Pero la teoría preferida por la oligarquía para explicar las inferioridades nacionales, vigente amplísimamente hasta hoy, es la del país culpable. Ya no Bolivia geográficamente condenada sino Bolivia humanamente culpable. En el siglo pasado, Linares asociaba las adversidades del país con los pecados del país, visión elemental que, no obstante, se vio beneficiada por la personalidad patética, atormentada y apostólica de su protagonista, que padeció en sí mismo su constancia de castigador histórico y de purificador subjetivo. De un modo más grotesco y también más alevoso, expresando los peores complejos racistas de una oligarquía pobre, provinciana y tortuosa, Alcides Arguedas comercializó la difamación del hombre boliviano, con una prosa todavía más lamentable que sus lamentables ideas, a lo largo de una vasta obra financiada, por lo

menos parcialmente, por Patiño, obra en la que compiten además, con verdadera fiereza, los solecismos y una suerte de pornografía sociológica. En ningún caso como en los libros de Arguedas se expresó tan francamente el odio que, casta extranjera al fin, sentía la oligarquía por un país al que despreciaba, odiaba y temía. Vivió la mayor parte de su vida fuera del país y ni aun así salió nunca de una cultura de tercera mano ni de las pobrezas indomables de su sintaxis, a la que destestaba tanto como si fuera Bolivia y no se podría explicar la morbosidad de su obra sino como el agrio fruto de complejos personales devastadores: disminuída su personalidad en cualquier parte que no fuera su propia aldea, acababa odiándose a sí mismo pero después prefería, por lo que se llama en psicología la gratificación, transferir la culpa al país.

Arguedas escribió un ensayo, que se hizo famoso, llamado PUEBLO ENFERMO, según el cual el hombre boliviano es un personaje alcohólico, venal, ocioso y cobarde, con algunos ingredientes más, todos sombríos. Es fácil completar el razonamiento —como en el dualismo América-barbarie, Europa-Civilización de Sarmiento— en sentido de que, siendo tal el hombre nacional, es natural que sirva a los sobrios, íntegros, laboriosos, valientes, además rubios. De acuerdo con las reglas de la psicología colectiva del coloniaje, este libro, cuya falta de seriedad es abrumadora, fue sin embargo celebrado por los chauvinistas locales del resto del continente, sin duda con la pretensión de que la enfermedad de Bolivia fuera la prueba de su salud. Pero sería injusto echar sobre los hombros de Arguedas la culpa de esto que apenas si puede llamarse pensamiento; en verdad, el éxito de Arguedas, su difusión, la

persistencia tenaz de sus consignas anti-bolivianas demuestran que no hizo sino expresar sentimientos entrañables y arraigados en la oligarquía boliviana, sentimientos que provienen de una vieja alienación cuyo punto de partida son los propios conquistadores. El indio, al que no pudo aniquilar, era para el español el recuerdo de su pecado, noción cristiana —la del pecado así como la del castigo y de la salvación— que estaba muy asentada en los supuestos culturales con que vino.

Tamayo hizo añicos, en editoriales escritos como al descuido, que después Villarroel mandó imprimir en un libro (3), estas pobres doctrinas de Arguedas, tan desamparadas mentalmente como la propia oligarquía montista, pero las refutó formulando tesis arbitrarias, suculentas y poderosas, que sólo eran irrefutables porque no había nadie del tamaño de Tamayo para refutarlas. Con una suerte de racismo al revés, exaltó al indio como al tipo humano superior de la nación, explicó al mestizo y previno a los blancoides bolivianos, no sin razón, que su suerte era amestizarse o perecer. En la propia superioridad de su personalidad y de su talento están las raíces de la perdición de Tamayo. La desproporción entre Franz Tamayo, como individualidad pavorosamente poderosa, y los bolivianos de su tiempo, acabó desfigurándolo. Desde muy joven, se acostumbró a aterrar a los bolivianos: sus omisiones, sus actitudes, sus palabras eran una sorpresa explosiva y un espetáculo desapacible invadiendo la monotonía poco anoticiada de una provincia opaca y quizá por

---

(3) CREACION DE LA PEDAGOGIA NACIONAL.

eso lo mejor de Tamayo sea lo que escribió sin el propósito de decir Grandes Cosas propias de un Hombre Grande. Su poesía se hizo solemne y solitaria su vida, frente a un medio que amaba y despreciaba y, al servicio de una fácil originalidad aterradora, fue perdiendo autenticidad, salvo en manifestaciones —que él consideraba secundarias— de su talento, como LA CREACION DE LA PEDAGOGIA NACIONAL cuya prosa poderosa, orgánica y majestuosa continúa perfectamente la personalidad de Tamayo. Es poco lo que, en cuanto a interpretación propiamente, puede rescatarse de este libro estupendo pero, de hecho, contiene una verdad mucho más importante. Una personalidad verdaderamente fuerte afirma todo lo que es y es, entre otras cosas, su nación. El que la niega, doblemente si la niega con futesas tétricas y argucias incompetentes como Arguedas, está expresando las pobrezas de sí mismo. El planteamiento indianista de Tamayo era, sin dudas, demagógico pero probablemnete obedecía a designios premeditados; conscientemente desarrollaba, con argumentos explosivos y envolventes una tesis que sabía que era falsa. No en balde habla de la creación de una pedagogía. Tamayo mismo era un latifundista sui géneris y bien se podría afirmar que señalaba el curso ideológico que hubiera adoptado la oligarquía boliviana, si no hubiera estado vacía, si hubiera aspirado a convertirse en una aristocracia nacional. Es indudable que no se puede formar hombres superiores enseñándoles desde el principio que son inferiores, que son hijos de la derrota y la depredación. Tamayo, que sabía que la historia suele componerse de hechos verdaderos realizados por hombres que creen en consignas falsas, quería que los bolivianos creyeran en su superioridad para que se aproximen a la superioridad y

sin duda ésta es la pedagogía que han practicado las oligarquías con alguna coherencia.

* * *

Estas ideas, que en realidad son anteriores a la Guerra del Chaco, sólo después de ella cobraron vigencia, en la polémica que se desató para explicarla, polémica que muy temprano se haría revisión y después enjuiciamiento y de pronto implacable denuncia. Manifestación ejemplar del desaliento en que cayeron los intelectuales de la post-guerra es Carlos Medinaceli, en cuya obra y en cuya vida podemos advertir, negativamente, el sentido de autodestrucción que, afirmativamenete, trabajó también en el ánimo de Germán Busch. Una fatigada melancolía discurría por en medio del brillo de sus ensayos, respirando en la perspicacia de un generalizado escepticismo. Sin mayor ordenación, Medinaceli se daba cuenta con una lucidez penetrante de que la oligarquía que dominaba al país era un "fin de raza", que se trataba de hombres desterrados a un paisaje distinto, continuamente atónitos y exhaustos. "País de montañas muy grandes y de hombres muy pequeños" sentenció; pero lo amaba. La crueldad, la envidia, las pasiones que prosperaban en el ocio de las provincias, descontando que Bolivia era por entero una provincia están explícitas en su obra dispersa pero subyace en ella una suerte de fe perpleja en el pueblo que "ríe en quechua".

Inteligencia de los datos inmediatos, personalidad en la que la melancolía sustituía a la afirmación, Medinaceli percibía densamente el desmayo individual y la frustración de las personalidades en medio de un país frustrado. Pero sentía un hecho y lo hacía explí-

cito, no lo explicaba. En realidad, la relación entre el yo y lo propio o su circunstancia son inseparables y mucho más insistentes de lo que Medinaceli suponía porque, en la medida en que el ser se necesita único y diferente como individuo, se es y se requiere ser diferente y único como pueblo. Una vida que aspire además a ser una conciencia de la vida quiere diferenciarse y no se acepta a sí misma si no es libre. El yo individual, en efecto, está incompleto y sin sosiego, frustrado y preso cuando no se realiza el yo nacional. La necesidad orgánica de un yo se extiende a la necesidad, igualmente ontológica y congénita, de un yo como pueblo y se plantea así la construcción histórica de un tipo, de un *tempo* propio, que es el origen de todas las culturas. La lucha por la personalidad individual se desenvuelve en medio del acecho del exterior ajeno pero la personalidad nacional está también continuamente invadida. El yo individual fracasa donde no se realiza el yo nacional.

Medinaceli sintió con relación al problema del destino subjetivo lo que como una totalidad ideológica interpretó Carlos Montenegro acerca de la historia nacional, como revisión y como práctica. En pocos órdenes como en éste de la interpretación de la historia se puede notar las contraposiciones definitivas entre la escuela oligárquica y el nacionalismo. Nuevamente Arguedas, que aplicó la teoría del PUEBLO ENFERMO a la Historia de Bolivia que escribió, no sin dedicar a Patiño uno de sus tomos, es el que expresa de modo más característico la posición reaccionaria. La oligarquía, por una parte, reduce la historia a un juego de personajes o héroes y a la delectación en las anécdotas y los azares indescifrables y en este sentido

se podría creer en una visión heroica del pasado pero en realidad utiliza este método para distorsionar la historia, al margen en todo de los ciclos, de los fenómenos globales y de la lucha de las masas, para realizar finalmente el descabezamiento de los héroes. Así, don Pedro Domingo Murillo es el nombre en que culmina un hecho colectivo pero ya no significa el suceso o los sucesos de la historia de un hombre sino toda la historia de lo que el pueblo hizo en esas horas. El héroe se apodera del tiempo y en él se disuelve pero no se construye sino sobre el fenómeno histórico que ya existía antes que él, más ancho y numeroso que el héroe. Pero la superioridad de los ciclos colectivos, de los procesos materiales sobre los individuos que los designan, porque son su culminación, no significa que deba abandonarse el culto de los héroes, en cuyo descabezamiento están interesados el invasor y las clases que le sirven de peones de estribo. Sucesivamente, los historiadores de la oligarquía se acogen a una idea heroica, en la que la acción de los individuos da el signo de las cosas, porque necesitan que la historia sea incierta y, por el otro, descabezan a los héroes, porque no quieren que sea ejemplar. Santa Cruz deja de significar la Confederación; es su avaricia personal. Siguiendo sus propios complejos de inferioridad, justificados porque es evidente que la oligarquía boliviana era inferior a cualquier otra, los historiadores reaccionarios quieren destituir a los héroes también con fines pedagógicos. Para Catalina eran preferibles los súbditos que no sabían leer y los pueblos sin héroes encuentran natural que se les explote.

Contra ello reaccionó Montenegro en quien se da, por primera vez, un esquema orgánico de revisión de la

historia nacional, en su libro NACIONALISMO Y COLONIAJE. El élan de esta obra jugosa y breve es la interpretación del pasado de un pueblo "indescifrado ante el concepto histórico europeo en su desasosiego perpetuo, sus revueltas continuas, su indómita y levantisca resistencia al poder, el estoicismo con que sufre y desafía el terror". Montenegro responde a la historiografía oligárquica con una grande intensidad y quizá por eso el suyo es todavía uno de los nombres subversivos de la lucha revolucionaria en Bolivia. Hasta hoy, su invocación o llamamiento despierta cóleras vivas y cavilaciones rencorosas y, sin embargo, quien dice de él menciona a un revolucionario en el que el nacionalismo fue lo irrenunciable de sus trabajos y sus días. Días de la fatiga desdeñada, trabajos y anunciaciones que el rigor organizó y la muerte cortó, todo en esta vida espléndida y frustrada recuerda una de las virtudes de la hombría que más amaron los clásicos de la conducta: la solitaria constancia que, cuando es a la vez beligerante, se alimenta de la certeza de que sólo los que tienen corazón pobre o pactos negros pueden transigir con quien nos mata. Es inequívoca la memoria de su paso para explicar la doble misión de los intelectuales en un país oprimido: les corresponde, por una parte, un papel en la creación cultural propiamente y, por tanto, en el desnudamiento de la verdad histórica pero, por otra parte, son un arma de la defensa del país. El destino rico, incompleto y trágico de Montenegro, en quien siempre convivieron un investigador y un conspirador, se repartió en ambos sentidos pero la lucha lo devoró y no pudo desarrollar hasta el final sus propias contribuciones. La interpretación de la historia de Bolivia, a partir de él, se invierte, se desenmascara la deformación de los hechos al servicio de los

lines oligárquicos y, en el juicio de los héroes, se rescata a los que, oscurecidos o descabezados por el oscurantismo reaccionario, forman el tiempo incanjeable de la acción nacional, el descubrimiento de nuestra identidad.

Mendoza como un privilegio territorial y Arguedas como una inculpación ética más o menos procaz, Tamayo como una apologética nacional, Montenegro como revisión histórica, todos intentan explicaciones racionales del país. Busch demuestra que la vitalidad siempre encuentra caminos para expresarse, así sean los de la catástrofe y, en alguna medida, la suya es la respuesta irracional frente al caos de las explicaciones racionales. Como mito o como personalidad viviente, para nosotros ya es imposible separar una cosa de la otra, Germán Busch es, sin duda, la figura más rica, en fuerza histórica, de todos los hombres bolivianos de este siglo. Es el héroe de un ejército que se sintió vencido. De tal manera está su vida confundida con la historia que parecería que Busch no tuvo jamás vida individual. Todos los sucesos, incluso los más incidentales de su vida personal resultan actos históricos. Busch es el héroe puro: hasta sus confusiones son las confusiones de la propia nación. Es desconcertante advertir en él cómo para un ser que no conoce otro aire que el de la historia ni otro lenguaje que el de los hechos históricos puros, las lecturas resultan inútiles y prescindible la misma inteligencia —esta duda que llamamos inteligencia— para allegarse a la grandeza, que es la completa originalidad frente a la vida y a la muerte, que no necesita de recuerdos leídos ni de conceptos explícitos para pronunciarse porque se pronuncia siendo. En el caso de Busch, siendo y muriendo. Al principio,

admiraba Busch a Bolivia a través de esa pobre aldea que era entonces La Paz. Salido del monte, creía en la grandeza de La Paz y en la sabiduría de doctores apenas alfabetos pero orondos. Por una traslación psicológica, la ignorancia de aquel hombre poderoso se convirtió en un hecho histórico opuesto: Busch se hace dictador de un país que en la realidad es chico pero se mata como presidente de un destino grande. Una ignorancia sin grandeza crea una grandeza verdadera, fundada en el mito de un animal primitivo, de un magnífico animal histórico.

Como Medinaceli, Busch percibía agudamente el naufragio del destino individual en medio del país tal como se le daba pero no como una melancolía o un llamado a la nada sino como la convocatoria a una explosión desesperada. Poco importante es ahora si se mató o lo mataron porque, en una forma o en otra, su muerte corresponde vigilantemente a su vida. Hay cierto voluntarismo, cierta fe final en el poder de decisión de los hombres cuando otorgan su muerte, que signa todos sus pasos. Acorralado por doctores que le explicaban o fraguaban los problemas inconfesables pero que no tenían el sentimiento de la historia, Busch parecía darse cuenta de que las únicas naciones que no merecen sobrevivir son las que no se proponen su propia grandeza porque, en último trance, las naciones que no se proponen ser más que las demás no son, finalmente, ni siquiera igual que las demás.

Busch representa la concepción heroica de la nación. Insuficientes resultan, esquemáticas, menguadas, pálidas las explicaciones racionales de la derrota y de la frustración. Son palabras para explicar un hecho

que no se componía de palabras, hecho además que era sólo lateralmente vivido por la inteligencia del país, absorta en justificaciones, en intentos de salvación individual y que era causa y efecto de la confusión del país mismo, por la aglomeración de datos, leyendas y acusaciones fabricadas para seguirlo alienando. Era poderoso, sin embargo, imprevisible, violento, apasionado, como los niños que creen mortalmente en un mito maravilloso, Busch era lo que era Bolivia y cuando todos le decían que no y le señalaban el camino de vivir pero no ser, salta al vacío y elige la máxima expansión de la vida que es la muerte propia. Junto a él se despedaza la lógica y los números se rompen; contrariando los datos de los covachuelistas, menospreciando los cálculos y las inferencias, por un instante, el país es. En la misma violencia que comete sobre Arguedas, Busch hace físicamente lo que Tamayo hizo intelectualmente, es decir, afirmar vitalmente frente al negador. Era él solo entonces, la máxima minoría que es la soledad absoluta; pero sobre su exaltación se multiplica el levantamiento de la mayoría. El nacionalismo puro, encarnado patéticamente por este gran soldado, enseña que en los grandes desafíos de la vida el realismo es enemigo de la verdad y que, en determinado momento, es preciso luchar "sin medir el tamaño del enemigo", como dijo él mismo en un simplísimo discurso, con la certeza de que la muerte, como promesa histórica, es más vital, más creadora y cierta que las estadísticas convencionales y la enumeración de las imposibilidades profesionales. Busch demuestra a los bolivianos que las cosas son posibles aunque todos digan que no lo son y por eso, después de su muerte, se sabe que la Revolución es irremediable.

III

LA FORMACION DE LAS CLASES NACIONALES

"Estoy acosado, estoy elegido".
Kafka.

Noción del acoso y la elección — La nación sobrevive como un factum — El reconocimiento entre los soldados — El proceso crea a sus contradictores — Francachela de una clase extranjera — La conjuración rosquera — Burócratas y políticos de la oligarquía — La nación fáctica y la nación para sí misma — La paciencia petrificada de una clase exiliada — Persistencia y resistencia de los campesinos indios y mestizos — Las mañanas atormentadas de Jesus de Machaca — Las clases nacionales niegan la negación de la nación — Ambivalencia y desdoblamiento de las capas medias — Hybris de un pólipo inteligente y avizor — Jerigonzas doctrinales de pequeñas gentes *— Las ideas como definición y la confusión de las ideas — Un burgués que no creció — El lujo de alienarse — El proletariado en su estado puro — Varios siglos del mundo en una elección personal — Señales de una tarea con boca de riesgo — Una clase despierta y peligrosa —*

De todas maneras, es inevitable filiar a Bolivia como a un país perseguido, en un grado todavía mayor que las demás naciones latinoamericanas. Como semicolonia misma, es una semicolonia más desgraciada que las demás. Los hechos, las naciones, los intereses la asedian de una manera tan intensa que parecerían ser parte de una confabulación. Este acoso, que quiere hacer daño al país, o que, al servicio de sus intereses hace daño en efecto a un país que no le importa, crea un ritmo histórico en las clases nacionales, que son las que contienen la nación. Bajo el acecho extranjero, español o inglés o norteamericano, anglo-argentino o anglo-chileno, resistiendo a la invasión económica y a la invasión cultural, a la enajenación que fraguan sus agentes y sus clases-agentes dentro del esquema social del país, la nación sobrevive como un factum, disperso, consistente e inédito en las clases nacionales. Pocas veces consiguen ellas expresarse como poder y ni aun como pretensión coherente del poder pero realizan una misión de resistencia, de conservación y de perseverancia en su propio ser, en medio de un país que, en todos los demás aspectos, está permanentemente ocupado. La nación fáctica, es decir, la nación inevitable y carnal, hecho a veces pasivo pero presente siempre y existente sin dudas, sobrevive así a pesar de un interminable acecho, de las catástrofes, de las mutilaciones territoriales, de la instalación pertinaz de la pedagogía oligárquica.

Son, empero, el propio imperialismo y sus socios locales los que crean las condiciones para que las clases nacionales despierten de su sueño defensivo. Hasta entonces, estos grupos habían entrado a la historia sólo por irrupciones, desordenando la lógica del sistema pero frustrándose a la vez a partir de su propia inorga-

nicidad. La Guerra del Chaco es un proceso de agnición, de reconocimiento del personaje desconocido; moviliza a todos los hombres activos del país y la oligarquía misma da lugar a que las clases nacionales, cuyos integrantes eran soldados en su totalidad, se identifiquen. El proceso crea a sus contradictores. Mientras las clases nacionales eran únicamente un vasto campesinado, históricamente marginal, osificado y clausurado en una suerte de perplejidad sin salida, y grupos caóticos de las capas medias era fácil para la oligarquía omitir a los primeros y alienar a los segundos. Pero la explotación capitalista del estaño crea un proletario que es relativamente extenso y moderno. Por un proceso de selección, los individuos más perspicaces, los más resueltos del campesinado se hacen proletarios. Esta clase será la base de la resistencia a la oligarquía minera. Se diría que la movilización de las clases nacionales, que en el Chaco aprenden que son irreemplazables para los combates pero prescindibles y en definitiva ajenas a las decisiones del poder, se perpetúa en las minas, donde el proletariado vive una suerte de movilización permanente. En el Chaco, las clases nacionales —el proletariado, el campesinado y las capas medias— entran en contacto, se interpenetran y crecen con sentido de pacto y, pues la vorágine de los derrumbes de la conducción oligárquica es más ostensible que en cualquier momento del pasado, se preparan para responder. La nación fáctica, que perseveraba en una resistencia introvertida, que insistía sobre sí misma en una paciencia petrificada, comienza a encontrar, enumerar y evaluar los factores reales que le permitirán encarar su ingreso orgánico al país histórico.

Frente al acoso, en el pasado, las clases nacionales no habían hecho sino resistir rechazando. Se identifican

en la movilización militar y se reconocen como combatientes y se aperciben entonces de que ser no es solamente resistir sino que también es necesario elegirse. Es el tránsito de la nación fáctica a la nación para sí misma y del país resistente al país histórico en un proceso por el cual, después de haber resistido a la negación de la nación, las clases que la contienen, niegan la negación de la nación y tratan de realizar un Estado nacional, en sustitución de las semiformas estatales creadas por las clases extranjeras.

Era, en efecto, no sólo una clase opresora sino también una clase extranjera. Por su origen, por sus intereses, por sus supuestos mentales, la oligarquía boliviana fue siempre ajena en todo a la carne y el hueso de las referencias culturales de la nación. Los latifundistas y el gran capitalismo minero, vinculado directamente con el imperialismo, eran sus expresiones fundamentales. En cuanto a los primeros, sus intereses se fundaban en el despojo y la explotación de lo más tradicionalmente nacional, que son los campesinos indios. Antagónicos con relación a lo más diferenciado y original del país, a lo que en última instancia lo define, los latifundistas no podían negar en lo económico, al explotarlos, sin negarlos también en lo cultural y así se hacen antinacionales sin dificultades porque su propio arraigo había sido más bien contingente. Antinacionales como lo era el Superestado minero, por sus intereses económicos, ambos grupos se sirven sistemáticamente de la pedagogía antiboliviana y resultan culturalmente extranjeros.

Con sus burócratas y sus políticos, que a veces trabucaban un oficio con el otro, con la trama larga y ancha de sus intereses, de sus francachelas y sus co-

rruptelas, el Superestado crea lo que se llamó *la rosca*, apelativo, que es un bolivianismo, que sugiere la clandestinidad de un círculo de conjurados, el privilegio de un encierro calificado y antinacional. Toda la burguesía boliviana se hizo, en mayor o en menor grado, antinacional. Los importadores porque, de hecho, no eran sino intermediarios de ventas de las manufacturas del imperialismo y los otros sectores, como el industrial y el minero (los llamados mineros chicos y también los medianos nacionales) porque, aunque pudieron ser la raíz de una burguesía verdaderamente nacional, llegaron tarde, mucho después del Superestado y jamás pudieron, por consiguiente, evadirse de las alternativas de un poder en el que no influían, al que, por el contrario, estaban sometidos. En la misma medida en que la burguesía y los latifundistas se hacen antibolivianos, las clases nacionales se radicalizan y, definiéndose, crecen.

Sin los campesinos, indios y mestizos en su totalidad, que constituyen un grupo —lo anotó Tamayo— resistente y persistente, los puntos culturales de referencia que nos permiten hablar de un modo de ser de la nación no hubieran existido o se habrían diluído en una confusión informe. Su exclusión, que jamás pudo convertirse —con los españoles ni con el latifundismo republicano— en una disgregación, el aislamiento y el destierro cultural a que se los sometía metódicamente, se traducían en una inferioridad práctica que servía de excusa al gamonalismo, que se explicaba así como una suerte de paternalismo, irremediable pero, por otra parte, la tarea del latifundismo era conservar la inferioridad. La lucha por la tierra es más bien átona pero se distribuye en la constancia secular de los

levantamientos y los *alzamientos* que, por lo general, no cobran otra fisonomía que la del terror sin promesas y de la venganza sin porvenir, seguidos de una precaria movilización multitudinaria cuyo signo primario le hacía perder todo objetivo. Los alzamientos todos terminan con represiones exitosas, frecuentemente sádicas a la manera de las que instruía el general Montes, aconsejando "disparar al cuerpo" y no derrochar munición". Cazaban indios azollispados entre los totorales de Taraco o en las mañanas atormentadas de Jesús de Machaca y todo era tan fácil que se explica porque era sólo la furia de hombres tan desdichados como desheredados de toda eficacia en las respuestas. No en el campo latifundista y semifeudal sino en las minas, mecanizadas y capitalistas, y en las ciudades es donde se realiza la lucha revolucionaria, localización que concentra y acelera los hechos tanto como explica algunas diferencias entre la Revolución Mexicana, cuyo carácter es dado por las guerras campesinas, y la Revolución Boliviana, que es un movimiento encabezado por el proletariado minero. Es probable que el punto de partida de la Revolución Boliviana haya abreviado el tiempo de la lucha y reducido su costo humano: arranca, en efecto, del centro del proceso de la producción, que son las minas y rompe el poder político del Superestado en sus ejes, que son las ciudades y así toma lo neurálgico del país, en lugar de agotarse en la extensión de la guerra territorial. Pero esta velocidad tiene sus propios defectos. El campesino recibe una liberación por la que no lucha, por lo menos directamente. Es probable que, reducido como estaba a una existencia dispersa y marginal, siendo virtualmente un fellah, si la insurrección hubiera tomado por escenario el campo, el campesino hubiera tardado en incorporarse a la lucha revolucio-

naria y ésta habría estado sometida a mayores fracasos y retrocesos pero, aún prolongándose, haciéndose más sangrienta y colectiva, este tipo de lucha habría tenido, seguramente, el valor de una escuela; habría servido para formar, de un modo más coherente, la conciencia histórica dentro del campesinado. Es cierto que, cuando recibe su liberación, el campesino ingresa al consumo y a la economía de mercado y se mueve con grande facilidad, demostrando ser menos osificado, más receptivo, completamente apto para concurrir al juego económico moderno, más rico en reacciones y en iniciativas de lo que se podía suponer pero, ante una situación contrarrevolucionaria, como la que se presentó después, aunque se trataba de hombres ya en todo distintos a los que recibieron la tierra en 1953, su respuesta es débil. Acostumbrado a las emergencias de un papel conservador, que tiene un esencial valor defensivo en su resistencia a la ocupación cultural del país histórico durante la hegemonía oligárquica, lo repite después, en la contrarrevolución. Defiende su tierra pero no la cobertura política de su tierra ni sus intereses posteriores como clase. Vuelve, otra vez, a cumplir un papel defensivo.

El campesino tiende a existir como masa indeterminada así como el proletariado existe como clase primero y después como conciencia de clase, es decir, como grupo estricto, delimitado y coherente. Las capas medias, en cambio, hacen un grupo que, por su indeterminación, se parece al campesinado pero que, a diferencia de él, proporciona un gran número de individualidades. Mientras el campesinado resiste y se mueve como multitud, el proletariado actúa en cuanto clase y el hombre de las capas medias vive socialmente

como un individuo. La riqueza de estas capas intermedias en cuanto a personalidades está vinculada con su mayor proximidad a los instrumentos ideológicos y, por tanto, a las ideas como definición y a la confusión de las ideas. Como un pólipo inteligente y avizor, no tienen un destino por sí mismas y hasta para definirlas hay que hacerlo por exclusión —porque no son proletarias o no son burguesas— y su destino por tanto es errabundo e incierto, creador, impalpable, tortuoso y lúcido. Ni siquiera, para diferenciarla del proletariado y de los campesinos, se la puede definir por no realizar trabajo manual porque los artesanos, que realizan su labor con las manos, o los comerciantes pequeños, que hacen trabajo mixto, corresponden sin duda a estas dilatadas capas indecisas. Se dice por eso que la llamada *clase media* es una media clase, una clase a medias y para saber lo que son estas capas es menester enumerarlas o decir lo que no son. Se sabe lo que es su género próximo pero apenas puede conocerse su diferencia específica y está a la vista que su destino, en estas circunstancias, no puede ser sino la ambivalencia y el desdoblamiento.

En la sola descripción, el suyo parece un destino desgraciado y disperso y es bien cierto que en ningún sector como en éste la pedagogía oligárquica tiene frutos más devastadores. Hijas de un país intensamente empobrecido y desfigurado, acceden con más facilidad a los instrumentos culturales pero sólo en la medida en que puede ofrecérselos el país desfigurado y empobrecido. En conjunto, no logra hacerse muy culta ni muy rica y la incertidumbre de su destino económico y su fácil soberbia, en una letradura que no es sino la de los imaginativos, hacen cómoda la implantación

de ciertas mitologías —pues el mito suele ser la idea del semiletrado— así como la tendencia a las ideas abstractas que con furia prosperan y se recrean en estas zonas humanas porque las capas medias, en contraste con lo que ocurre con los proletarios y también con los campesinos, no tienen puntos carnales de referencia y tienden al vagabundeo histórico y al ensueño ideológico. Estas características de duplicación y de inminente falsificación de sí misma de las capas medias, su hybris medular, resultan esclarecidas para explicar la suerte política de los militares y también de sub-grupos de complemento, como los universitarios y los maestros.

Nunca logran darse a sí mismas una definición y están condenadas a no ser una clase pero al mismo tiempo expresan ideológicamente a las clases que luchan y se enfrentan y hacen explícito el pensamiento de las clases nacionales como de la oligarquía y así su destino, naturalmente errátil y éticamente desdichado, es a la vez un destino brillante. Como al fin y al cabo el pequeño burgués no es sino un burgués que no ha crecido, su tendencia normal —pues flota en un caos de datos remotos e inverificables— es servir, implementar y organizar la alienación en la que está interesada la oligarquía y que promueve el imperialismo. De esta manera, por lo menos en sus fases más altas, las *pequeñas gentes* se visten igual que la burguesía, pero más pobremente y comparten con ella sus alienaciones, sus prejuicios y sus ambiciones, porque el pequeño burgués es la caricatura del burgués, es un burgués que ha fracasado. Por su misma ambivalencia, suelen tener muchas explicaciones para cada hecho y explicando y explicando van perdiendo el sentido de la realidad, de los datos gruesos de la realidad y se van enajenando

de sí mismas hasta que nadie es culpable de su frustración sino sus imposibles ideas. El pathos de las capas medias consiste en que nunca o casi nunca descubren de dónde viene su perdición.

Es un proceso de selección el que determina que ciertos sectores de las capas medias se integren a las clases nacionales pero, cuando lo hacen, su incorporación es más lúcida que la de los campesinos y los proletarios. Cuando los proletarios se mueven, políticamente *son* la nación. Quietos, interdictos, marginados, los campesinos conservan, de hecho, los datos que permiten hablar de la existencia de la nación como cultura horizontal y colectiva. Pero es la ideología, es decir, la práctica de la libertad de elección, la vía por la que las capas medias se agregan a la lucha revolucionaria y, a partir de ese momento, comienzan a expresar ideológicamente al proletariado y al campesinado, que no pueden hacerlo por sí mismos porque su explotación ha sido más intensa y ha consistido, entre otras cosas, en que los medios culturales les han sido negados. No es más original ni más avisado el comportamiento de las capas medias bolivianas ni más rico que en parte alguna y sólo se hace más tenso por la capacidad histórica de las clases a las que se adjuntan. Por el contrario, el empobrecimiento y la clausura del país se traducen también en una fiesta de prejuicios, de miedos decisivos, de suplantaciones activas y de jerigonzas doctrinales y en ningún grupo social como en ellas estalla con estridencia tanta el provincialismo cultural.

Mucho más vital es la presencia del proletariado, referencia dentro de la cual, en Bolivia, se menciona

principalmente y a menudo exclusivamente, al proletariado minero. Se trata de un grupo minoritario numéricamente y cualitativamente superior. Cuando se menciona al minero de Bolivia, por las circunstancias en que se ha dado esta agrupación, se habla, en la práctica, del proletariado en su estado puro, sometido sólo a escasos factores de desclasamiento. Es el proletariado del tiempo de Carlos Marx. La minería como tal, explotación capitalista avanzada en un país semifeudal todavía, crea una clase moderna. Culturalmente, sin embargo, esta clase presenta aspectos todavía más castigados para expresar auténticamente a la nación. Sus integrantes proceden por lo general del campesinado pero son, además, los individuos más perspicaces y resueltos del campesinado los que deciden romper su nexo con la servidumbre del latifundio. Es una elección en la que caben algunos siglos de la historia del mundo: la decisión de hacerse minero contiene el paso del feudalismo al capitalismo. Aislados en distritos remotos, ni siquiera sufren el asedio sistemático de ciertos factores de desclasamiento, que operan en la superestructura, como los proletarios de las ciudades —los fabriles, principalmente— que, minoría ínfima acorralada por el gran número del lumpen y las capas medias, padecen un verdadero bombardeo de los mitos, las mixtificaciones y las predilecciones de los sectores urbanos, cuyo lujo consiste en huir de sí mismos, en alienarse. Ex-campesinos o hijos de campesinos, sus datos culturales son típicamente los propios de la nación. Con el salario reciben al mismo tiempo el signo de su dignidad y de su explotación; el trabajo colectivo y organizado les proporciona la identidad de clase y cuando afrontan todos los días, las horas enteras de su vida, las señales de una tarea con boca de riesgo,

el ritmo esforzado de una vida que concluye pronto, están ya en condiciones de convertirse en una clase despierta y peligrosa, capaz de analizar sus necesidades, de exigir y de asediar. Al hacerlo, expresan de modo automático los intereses de la nación porque asedian, exigen y analizan *contra* el capitalismo oligárquico, conectado con el imperialismo, que ocupa el país. Sus intereses de clase manifiestan peligrosamente, de un modo concentrado, los intereses de la nación y, por eso, el proletario minero, que resulta de una selección humana del sector más tradicionalmente nacional que es el campesinado, que se enfrenta directamente a la clase más típicamente antinacional y desnacionalizadora, es la clase dirigente de la Revolución. Los dirigentes como tales suelen provenir, en cuanto individuos, de las capas medias, que son las que disponen de los instrumentos culturales, pero como clase no son las capas medias ni el campesinado los que toman la iniciativa en las luchas históricas sino el proletariado. La propia voracidad de la oligarquía minera conservó en estado de pureza al proletariado minero. En otros países, en efecto, la elevación sistemática del standard de vida se tradujo en una suerte de desclasamiento del proletariado, por una aproximación formal cada vez más flagrante a los modos de vida de las capas medias pero eso no ocurrió en Bolivia.

Es cierto que esta división —capas medias, proletariado, campesinado— no deja de ser convencional y que el campesino, por ejemplo, en la medida en que se enriquece, si puede hacerlo, creando un mundo conceptual en torno a la propiedad de la tierra, se va aproximando cada vez más, es lo que ha ocurrido en Europa, a las características de las capas medias. Es

obvio que las contradicciones internas dentro de cada clase son abundantes y a veces determinantes. Pero en la medida en que el campesino es un hombre acosado y lo es, sin duda, y lo seguirá siendo en el futuro inmediato, su presencia entre las clases nacionales y su lucha sigue siendo vigente.

* * *

El proceso capitalista de la producción hace un mundo por primera vez mundial. Los países europeos, en un complicado recorrido económico y cultural que tiene que ver con el antropocentrismo renacentista, la ética protestante, el advenimiento de la razón, el crecimiento de la técnica, las nuevas posibilidades del mercantilismo después de los descubrimientos, a través de los capitanes de empresa y el ascenso de las burguesías, realizan el conjunto de las características de la civilización capitalista. En un proceso que Trotsky sitúa, para Europa, entre la Revolución Francesa y la paz de Versalles se produce la concreción histórica de los Estados nacionales. Es un proceso que podría llamarse natural. La burguesía conquista sus mercados nacionales y realiza su Estado nacional que no es sino el Estado en su forma capitalista moderna. La conquista de los mercados interiores se hace por medio de un proceso de industrialización y, por consiguiente, crecen las dos clases modernas, que son la burguesía y el proletariado. Cuanto antes haya iniciado una burguesía la unidad nacional y la soberanía, atributo éste que es esencial del Estado nacional, más fácil le es tomar su propio mercado interior. Inglaterra fue uno de los primeros países que cumplió este proceso y por eso, una vez dominado fácilmente su propio mercado, le fue

fácil pasar a ser el país campeón del comercio libre. Pero ningún país ha crecido nunca sin el proteccionismo y en Europa misma, países como Alemania, que es siempre un país que llega tarde, que tarda en realizar su unidad imprescindible para realizar su Estado nacional, debe ya proteger y hacer exclusivo y cerrado su mercado interior y así se explica la aparición de las doctrinas proteccionistas a la manera de las de Federico Liszt. Los países capitalistas siguen todos este camino. Mientras se industrializan, protegen su mercado interno porque, sin protegerlo, no se industrializarían; una vez industrializados, cuando están ya en condiciones de competir en el mundo, se lanzan a la conquista de los mercados exteriores y se hacen partidarios del comercio libre. La competencia entre los capitalistas de un país se convierte en competencia entre las industrias de las naciones capitalistas y así se lanzan ellas hacia los países marginales, a la busca de mercados y de materias primas o de reservas de materias primas y de mercados. Salen de sí mismos los Estados nacionales y los que llegan tarde al reparto de los mercados entran a practicar un nacionalismo agresivo y expansivo, que hace del nacionalismo de los países industrializados una posición reaccionaria.

Ahora bien, de una manera o de otra, los países-objeto, las semicolonias, también pretenden realizar su Estado nacional, es decir, la forma política de su organización por la que pueden crear su unidad nacional, su identidad cultural y realizar su soberanía, para industrializarse y convertirse en naciones modernas. Pero la formación de los Estados nacionales en las semicolonias no puede seguir un curso de crecimiento "normal" como los procesos europeos porque, precisamente,

la fase última del Estado nacional de los países opresores, que es el imperialismo, obstaculiza la realización del Estado nacional de la semicolonia. La nación lucha por la defensa de sus recursos naturales y de su mercado interno pero, en la medida en que logra éxitos, perjudica y vulnera la riqueza y la naturalidad del Estado nacional imperialista. Por eso sólo puede hacerlo aprovechando coyunturas de emergencia política en los países del centro, como las guerras, o movilizando revolucionariamente a sus masas, haciendo la Revolución. Cuando Lenin escribió que "el que no favorece el nacionalismo de los países oprimidos, favorece el nacionalismo de los países opresores" sin duda tenía presente este carácter básicamente defensivo del nacionalismo de las semicolonias pero, por otra parte, de esta situación resultan algunos hechos que, en Bolivia como en las demás semicolonias latinoamericanas, constituyen diferenciales y peculiaridades de los procesos revolucionarios de esta clase de países.

En primer término, se impide al país llegar a constituirse en un Estado en su forma moderna, en un Estado nacional y como tal cosa no puede lograrse por el simple transcurso del tiempo, por el crecimiento *normal*, como en Europa, el país tiene que invadir, tiene que invadirse a sí mismo. Puesto que el status es la exclusión, la persecución y la alienación de la nación, ésta tiene que organizarse para tomar violentamente lo que le debería corresponder naturalmente. En otras palabras, al no interrumpir nadie su desarrollo histórico, los pueblos europeos pudieron ser nación, naturalmente, como un dato normal de su ser. En los países como Bolivia, la nación es, por el contrario, una decisión histórica, una elección. Esto tiene un carácter tan flagran-

te de lucha e insumisión que no puede lograrse sino movilizando a las masas que contienen, de un modo o de otro —culturalmente como el campesinado o neurálgicamente como el proletariado— a la nación. Por eso no se puede hablar de nacionalismo en Bolivia sin hablar de movilización de las masas porque, ciertamente, la nación no puede avanzar a la formación de su Estado moderno sino con el ascenso y la toma del poder por las clases que continen o que han conservado a la nación. De aquí resulta que el nacionalismo de derecha, el nacionalismo hispanizante, tal como vinieron a practicarlo partidos como Falange, resulta apenas el revestimiento de viejos planteamientos ideológicos antinacionales de la oligarquía.

Esta es también la razón por la que el nacionalismo se ensambla en la noción de la lucha de clases, noción que después, por consiguiente, no se resuelve sólo en la contradicción general entre opresores y oprimidos sino en la oposición y la lucha entre las clases nacionales y las clases extranjeras. Ni siquiera puede hablarse simplemente de la lucha entre la nación y el imperialismo, de la nación que se contrapone como un todo a los intereses del Imperio. Por la invasión cultural y también porque no puede prescindir de la utilización de clases-agentes y aun de individuos nativos, el imperialismo tiene en la oligarquía y en todos los grupos sociales que se alienan una quintacolumna dentro del juego histórico que se disputa en el espacio boliviano. La oligarquía, aunque el caso de Patiño parezca advertir sobre lo contrario, no es el imperialismo sino su agente; los intereses del imperialismo coinciden con los de la oligarquía y con los de todos los sectores que se han hecho antinacionales cultural o económicamente.

La alienación de las clases-agentes explica el carácter de lucha nacional que tienen los planteamientos de las clases populares. No sólo luchan contra una opresión de clase: combaten a una casta extranjera que ocupa el país y le impide realizarse. El nacionalismo sin el concepto de la lucha de las clases no sería sino otra forma de alienación.

IV

DE LA ALIENACION Y LA JIBARIZACION

"Ya desde entonces, como en lo sucesivo, aguardando las gentes del país el advenimiento gratuito u oficioso de valores externos para la resolución de un problema nacional".

Gabriel René Moreno.

La alienación y lo alienable — Falta de un margen de gratuidad en Bolivia — La intelligentsia quiere salvarse — El neoplatónico es un aliado de los enemigos del país — Frustración de los universales en las semicolonias — El pensamiento armado — Una contraconciencia nacional — Paso de la negación a la desfiguración — Las egregias mentiras de las capas medias — Alienaciones ideológicas *o racionalizadas — El stalinismo o la alienación desde la izquierda — José Antonio Arze reduce los problemas del mundo a un metro cuadrado — Un provincialismo cosmopolita — El trotskismo como ejército de salvación de la extrema izquierda — Su invasión de papeles — Héroes verdaderos de un error encona-*

do — Un refugio elegante para conciencias desdichadas — El izquierdismo entra en sociedad — El stalinismo y las polillas — Falange o la contra-ideología — El hispanismo terrorista de FSB — El mito, el mítico y la muerte — La pérdida de lo real en Unzaga — Anhelo de extrañamiento de algunas capas medias — Soledad moral y pérdida de fin de la oligarquía — Fin de raza de los españoles en Bolivia — Autoritarismo y fetiches — El democristianismo patiñista — Jacques Maritain y la historia de Bolivia — Del neotomismo al neopatiñismo — Prejuicios predilectos y conciencias difíciles — Un slogan simpatiquísimo — El MNR responde al "challenge" del Chaco — El pragmatismo nacional — Continua síntesis ideológica del nacionalismo — Las clases nacionales se alían en un pacto que se mueve — El fracaso de las nociones abstractas.

Alienarse es entregar la conciencia a hechos no referidos a la propia realidad concreta o referirse a conceptos muy generales y perder el contacto con los hechos inmediatos o sintetizar caóticamente a la realidad en uno solo de sus datos, engordándolo hasta desfigurarla como un todo. Esta, desde luego, es una definición precaria pero suficiente para los fines de este comentario. Alienarse es equivocarse pero no sólo como un error sino obedeciendo a una necesidad de escapar de la realidad. Se podría decir que sólo se aliena lo alienable, es decir, que sólo se equivoca lo que en el fondo es ya equívoco. Está a la vista que el concepto de alienación como tal es, en consecuencia, más próximo a las capas medias que a otra agrupación cualquiera. Los supuestos reaccionarios de la pedagogía oligárquica resultan de sus condiciones reales de vida y a ellas responden, consciente o inconscientemente. Por el contrario, en las capas medias lo que suele suceder es que, al servicio de una idea, aparentemente sublime, enaltecida o por lo menos inofensiva, se sirve a la Anti-Nación. Eso mismo sucede en Bolivia pero con una fuerza tan grande que es como si ocurriera dos veces. Como la realidad es patética y el campo de acción de las clases se hace cada vez más dramático y apretado por el grado de empobrecimiento feroz y veraz a que lo reduce el imperialismo, con una dramaticidad que además se agrava hasta la crisis y el estallido después del Chaco, las capas medias carecen en Bolivia de lo que se podría llamar un margen de gratuidad, del que por cierto pueden disponer otras naciones más ricas y menos tensas. Cuando el Estado nacional está ya realizado o, por lo menos, cuando las clases nacionales no son diezmadas ni desterradas agudamente del país histó-

tas, pitagóricos o de la Christian Science, neoplatónicos o adamitas y eso no frustra mayormente al país. Por el contrario, junto a la cultura horizontal, es decir, a la cultura de la nación, (los datos culturales colectivos) existe la que puede llamarse cultura vertical que, para ser verdadera, necesita ser soportada por lo horizontal y se compone de las creaciones superiores de los individuos y, por consiguiente, esas definiciones herméticas enriquecen al país. Los pitagóricos o los dadaístas usan un margen de derroche que puede permitirse el país y lo devuelven con sus creaciones personales, enriqueciéndolo.

A diferencia de esos casos, Bolivia es una nación que está históricamente en situación de peligro, ocupada cultural y económicamente. Necesita expulsar a los invasores y eso no es posible sino con una movilización particularmente intensa. En esta situación el margen de gratuidad no existe porque no hay posibilidad de salvación individual —la cultura vertical— donde todos se pierden, donde la propia cultura horizontal está agraviada, acorralada y perseguida. En último caso, si se pudiera realizar, la salvación individual, al margen de la realización nacional, es una defección. El neo-platónico parece un inofensivo pero en realidad es un aliado de los enemigos del país.

La alienación, por tanto, no es simplemente un caso de necedad individual ni el alimento de un pazguato y sería incurrir en una frivolidad juzgarla con menosprecio. Es, por el contrario, otra expresión de la amputación a que está sometido no sólo el país como país sino el boliviano como individuo. En lu-

gar de negar a la nación con argumentos brutales, como hacía la oligarquía, los alienados buscan explicaciones y es probable que su repertorio no esté cargado de una intencionalidad antiboliviana o que sean, como escribió Sartre, "intenciones sin conciencia". Tratan de explicar la frustración pero sus explicaciones acuden otra vez a fuentes extranjeras o a ideas remotas, a implicaciones que no son malas sino que son innecesarias y que, al ser prescindibles, vienen a cumplir una función reaccionaria porque perjudican la formación de la conciencia histórica de la nación.

Un francés o un inglés, cuando expresan ideas universales en términos universales, están practicando legitimamente una posibilidad que les ha dado su país, después de realizarse. Cuando un boliviano utiliza conceptos universales, por el contrario, suele no hacer sino la caricatura de un universalismo verdadero. Esto, desde luego, tiene mucho de descalificación a priori pero, aun aceptando la posibilidad de que un boliviano pueda realizar y acogerse a un pensamiento verdaderamente universal, si se realiza en esos términos, se realiza contra su país. Es una encrucijada sin resolución. Para afirmar a su nación, para hacerla existir, necesita negar la fase más alta de la nación opresora que no le permite afirmarse, es decir, que la niega y, por esta vía, niega una negación y configura una situación acorralada, específica, determinada y defensiva que es todo lo contrario de un pensamiento universal. En ella existe más la defensa que el pensamiento y éste existe para la defensa, es un pensamiento armado. No le corresponde comprender sino comprenderse y, para afirmar y afirmarse, necesita negar.

En otros países se lucha por el marxismo o por el socialismo o por el cristianismo o por la democracia, sistemas todos que son o que pretenden ser una explicación total del hombre y su destino, es decir una concepción filosófica. Quienes pretenden trasladar estos debates al plano práctico de la política nacional se entregan a una alienación que no sirve sino para confundir el sentimiento nacional o pacto nacional. Se trata de una discusión sobre el adjetivo de un sustantivo cuya existencia no está resuelta. La nación puede ser después cristiana o comunista o lo que se quiera pero lo previo, para darle un carácter u otro, es que la nación exista como existen históricamente las naciones modernas, como Estado nacional. "Para que el atributo signifique algo —ha escrito Arturo Jauretche— debe primero "ser" el sujeto. Es necesario que la Nación sea: viene en segundo término cómo es la Nación, democrática o no. Nada significa el atributo si el sujeto no es".

Vegetal enfermo que con ferocidad florece en la cultura de las provincias, la alienación se instala naturalmente de un modo más voraz en medio de las capas medias. Pero como ellas son, en la práctica, las monopolistas del juego ideológico nacional, la praxis de la alienación suele alcanzar también en los hechos a las propias clases nacionales, continuamente acosadas por la ideología de las capas medias que, teóricamente por lo menos, deberían explicar la nación que aquéllas practican. Los hombres de las capas medias se constituyen así, a menudo, en una verdadera contraconciencia. En el nivel de los principios, en efecto, el *ethos* de los intelectuales, pues se les ha dado el acceso privilegiado a las fuentes ideológicas, debería ser la

devolución del costo que soporta, para ello, la nación, convirtiéndose en la conciencia de su lucha por ser efectivamente nación. Les corresponde ser uno de los brazos de la defensa nacional y tendrían que ser los que responden a la invasión cultural pero a menudo no sucede tal cosa. La *intelligentsia* se propone más bien su propia salvación, su consagración, en medio de un país que se pierde y eso sólo cuando no colabora abiertamente a las tareas de la alienación.

El alienado explica desfigurando allá donde la Antinación simplemente negaba y por eso la sirve aunque es cierto que dando una vuelta. Como el juego de las ideas es vasto, las posibilidades de la alienación, los canales para alienarse son también muy numerosos y suelen moverse por las vías aparentemente más inocentes. En determinado momento, el alienado demócrata, que cree en la democracia como tal, como universalidad, descubre que gobierna un dictador o que dirige un caudillo. Contrario in abstracto a la dictadura y el caudillismo, que son sin duda cosas malísimas pero no intrínsecamente perversas, no se le ocurre que el caudillo o el dictador puedan encarnar, en ese momento, los intereses del país. Lucha contra el dictador en nombre de la democracia como filosofía y en ese momento coincide con los enemigos del país. En nombre de la democracia universal colabora con el que ocupa su país. Los alienados sitúan como catolicismo o anticatolicismo, como trotskismo o antitroskismo, una lucha que no se resuelve entre católicos contra ateos o demócratas contra totalitarios sino entre el país que quiere existir, para ser después totalitario o democrático, teocéntrico o trotskista, pero previamente existente.

Las fomas políticas de alienación que aparecieron después de la Guerra del Chaco siguieron, por fuerza o de buen grado, estas características de la alienación en general. El Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR) encarnó una suerte de stalinismo in pártibus hasta la creación del Partido Comunista, para el que también valen sin duda casi todos sus datos fisonómicos, y representa la alienación desde la izquierda, junto con los trotskistas. Los piristas no llegan al marxismo sino que arrancan de él, como las polillas que salen de los libros guardados. En determinado momento fue un partido que llegó a comprender a sectores importantes de los intelectuales del país y aunque es cierto que jugó un papel considerable en la difusión de las ideas marxistas nunca tuvo más riqueza que la de ser una asociación didascálica: su sentido básicamente escapista lo fue desfigurando y, al final, lo destruyó. Para grupos de temperamento errabundo e indeterminado resultaba muy atractivo evadirse en medio de esquemas ambiciosos y de totalidades académicas de las tareas revolucionarias del país, a la espera de la revolución mundial. Al fin y al cabo, José Antonio Arze había sintetizado la realidad mundial en un metro cuadrado de papel, con todas sus etiologías y teleologías más sonoras. Le piden al proletariado que sea internacional y a Bolivia que luche por la revolución mundial sin apercibirse de que el proletariado de las naciones industrializadas es internacional (cuando lo es) porque es nacional; que puede ser internacional porque ha sido ya plenamente nacional. En nombre del internacionalismo practican los piristas una suerte de provincialismo cosmopolita que se desgarra cuando, en la Segunda Guerra Mundial, los intereses del país no coinciden con los de los aliados. En un momento en que la

lucha interimperialista, revestida de ideas que a Bolivia no tenían por qué importarle decisivamente, cuando el país debía observar el conflicto en términos de comprar y vender y ganar posiciones para sí, explotando la emergencia de sus enemigos, la alienación stalinista se asocia con el imperialismo para filiar como nazi-fascista al gobierno nacionalista de Gualberto Villarroel y conspira junto con la rosca y toma el poder con ella, restaurando a la oligarquía en el poder, en 1946. Después, los ministros stalinistas en el poder realizan masacres de obreros, al servicio del antifascismo pero matando a los trabajadores que encabezaban la lucha nacionalista. Desde entonces, jamás pudieron salir de ese destino libresco, de tácticas continuamente fracasadas porque no se originaban en ellos mismos.

Los trotskistas, que siempre han constituído en Bolivia una suerte de ejército de salvación de la extrema izquierda, son un grupo alienado de la izquierda que, todavía más imposible y remoto que el propio stalinismo, cumple sin embargo su encerrado destino de una manera mucho más consecuente. Mientras los stalinistas acabaron casi todos como ministros de la oligarquía o como proveedores de materiales a la empresa Patiño o ingresando a la masonería, los trotskistas realizaron una invasión de papeles sobre el país y, fanáticos hasta el heroísmo en medio de un globo de aire, hacen un desarrollo tan exuberante del trotskismo que, a la manera de Marx, si Trotsky no hubiera sido asesinado en Coyoacán, probablemente se hubiera visto obligado a escribir que había dejado de ser trotskista. Iracundos por método, su furia general resulta, al final, meritoria porque, al fin y al cabo, así fuera al servicio de una causa confusa y sin camino, dirigentes

trotskistas —como César Lora— pagarían con su vida su adhesión a un encierro ideológico inacabable, constituyéndose en héroes verdaderos de un error enconado. El PIR, en cambio, acabó siendo el refugio elegante de ciertas *conciencias desdichadas* que encontraron en él ya no una causa histórica pero por lo menos una excusa personal, un radicalismo vistoso de bienpensantes desmoralizados, aceptados en sociedad puesto que a nadie molestaban, menos que menos al imperialismo y la oligarquía.

Más peligroso como alienación es, en cambio, el caso de Falange Socialista Boliviana, partido derechista, con pretensiones hispanistas, que es fundado en Chile por Carlos Puente, un español avecindado en Bolivia. Ante el agotamiento de los partidos tradicionales de la oligarquía y la destrucción del ejército patiñista en 1952, Falange adquirió una gran importancia porque se convirtió en el vehículo político de la oligarquía. Su nombre está ligado a las características más mórbidas de una clase que, ante el ascenso revolucionario, se sintió acorralada y se entregó a la violencia. Sus características están, por otra parte, profundamente unidas a la personalidad de Oscar Unzaga de la Vega, su jefe, su inspirador y su mayor expresión.

"El mito —dice Kierkegaard— hace que ocurra externamente lo que es internamente" y esto debe entenderse tal si dijera que el mítico es un ser que no vive y que, en consecuencia, la práctica del mito no puede ser sino una devastación. He aquí que en el destino de Unzaga se igualan y compensan el mito, el mítico y la muerte, elementos todos que pertenecen sin duda al mundo de la anti-historia: la suya es la

suerte de los que construyen un destino negando las leyes de la vida. Unzaga sublimó en mito los intereses clasistas de la rosca. En él se reunían una mentalidad patética, una suerte de misticismo helado e implacable, una ambición política entendida en términos de predestinación. Personalidad obsesiva, su mundo natural era la alucinación y la planificación del terror; alejado de las cosas, las negaba de continuo y, en su inmaterialidad minuciosa, no era antipopular por convicción sino porque ignoraba en absoluto que existiera el pueblo. Podía ser luminoso y normalmente impresionaba a sus hombres pero su pensamiento carecía de significación. En sus artículos, al único "ideólogo" al que mencionó alguna vez fue a Shakespeare. En cambio era poderoso como conductor porque parecía siempre al borde de la muerte; poseía una suerte de carisma despojado y agónico. Su enfermedad lo alejaba pero lo que había en él de metafísico servía para inducir al mito a hombres que habían perdido lo real y que, sin embargo, no podían tampoco alejarse del todo de lo real. Cuando murió, en sus bolsillos se encontró poco dinero, anotaciones esotéricas, un escapulario y un rosario católico. Después se discutió su suicidio sobre la base de elementos laterales como su catolicidad, pero es indudable que en el hecho actuó un providencialismo desengañado. No trabajó nunca ni participó de la vitalidad, las preocupaciones y los apetitos de los hombres corrientes; su propia sensualidad no podía sino dirigirse a objetos impalpables, es decir, a mitos. Pero difería totalmente de los grupos dirigentes de la rosca que eran, por lo general, doctorales y pedestres, proclives al sibaritismo, el enriquecimiento y la chacota. Unzaga creía en su destino, vivía lo mítico trágicamente. Recibió dineros del Superestado y los pidió con su

propia firma a Pérez Jiménez pero los ascetas equívocos no creen en los malos medios. Al parecer, podía combinar un desprendimiento diario con una fría crueldad respecto de los que negaban su autoridad. El mismo era su mayor superstición, creía en sí mismo infinitamente. Resuelto y tal vez seguro, elige para su culminación y su ascenso al poder de Bolivia el 19 de abril de 1959, día en que cumplía años. Manda celebrar una misa a las mismas horas en que sus hombres salen a las calles a tomar por las armas el gobierno. Hacia el anochecer, perdida la revuelta, se encontró su cadáver, junto al de su ayudante, en el w. c. de la calle Larecaja 188 de La Paz.

La clase se expresa en el partido y, para el caso, la personalidad del líder comportaba la personalidad del partido. Falange, que representó el advenimiento de una mentalidad desconocida hasta entonces en Bolivia, adquirió por primera vez cuerpo significativo por la vía del contragolpe, del *protestantismo,* que se hizo inmediatamente terrorista, y la reacción, solamente a partir de abril de 1952. Reclutó su cuantum humano en las capas medias pero, disfumados y dispersos los partidos propiamente oligárquicos, desde el principio contenía, en cuanto partido, los intereses de clase de los terratenientes, principalmente y del Superestado, instrumentalmente. Era, por lo demás, el único partido cuyo encaje mental podía servir al anhelo de extrañamiento que la Revolución había creado en gruesos grupos de las capas medias.

"Calvino —dice Fromm— predicaba a la clase media conservadora, a gente que se sentía inmensamente sola y aterrorizada, cuyos sentimientos hallaban expre-

sión en su doctrina de la insignificancia e impotencia del individuo y de la futilidad de sus esfuerzos". No era muy distinta la situación de ciertas capas medias en Bolivia de inmediato al ascenso de los campesinos y el proletariado, que se tradujo fundamentalmente en la reforma agraria, la universalización del voto, incluyendo a los analfabetos, en la nacionalización de la minería, el control obrero y la formación de las milicias obrero-campesinas. Hasta entonces, las capas medias habían vivido una suerte de enajenación de sus propios intereses históricos a causa de los mecanismos de alienación que le son característicos y también por la particular importancia electoral que tenían estas capas bajo el sistema del voto calificado. En un país con mayoría de analfabetos, las capas medias, aun siendo numéricamente escasas, recibían una impresión del poder, una ilusión de mando, un golpe de superioridad, al elegir en nombre del país. Con el voto universal se pierde esa primacía y la ilusión de esa primacía, disminución que, por otra parte, no se ve compensada por una inmediata elevación en sus condiciones de vida. Al contrario, la redistribución de la renta nacional, que implicó la reforma agraria, tuvo por beneficiarios inmediatos y exclusivos a los campesinos. Las *pequeñas gentes* no avanzaron económicamente y perdieron en cambio su única gratificación, que era elegir en nombre de todos y así se dieron todas las condiciones para que, de acuerdo con sus características sociológicas, las capas medias se desdoblaran. Grupos más o menos considerables entraron a participar de la soledad moral de la rosca, y ya en medio de este desasosiego, de esta aparente "pérdida de fin", entraron a compartir la psicología de impotencia y despojo que alimentaba la oligarquía después de la Revolución. La libertad ni el

orden no les servían ya puesto que en ellos habían perdido su vieja significación poderosa, su ilusión decisoria y estaba todo dado para que se dieran a un irracionalismo histórico que, en ese momento, estaba representado por Falange. La Revolución imponía, a menudo ferozmente, sus hechos y contra ellos reaccionan, *protestan* la rosca y estas capas medias conexas no ya con principios, que ya no cabían, sino con una clausurada protesta irracional ciegamente clasista. De allá surgieron las características, exacerbadas después de la Revolución, de Falange: la tendencia a lo mítico contra lo real, la deshumanización del líder, que debe estar lejos para ser perfecto, el simbolismo o fetichismo político (antorchas, camisas blancas, juramentos litúrgicos, fogatas ceremoniales) y el terrorismo.

Extravagantes, exóticos, aparentemente absurdos, estos datos alcanzaron sin embargo para configurar un estilo —al través de la conducta terrorista— pero no una ideología porque. de hecho, se define por lo que rechaza, Falange significa una contraideología. Se mueve de excitación a excitación y, en una continua exaltación del peligro, la acción se convierte en un fin pero necesitaba ser espectacular porque no podía llegar a la convicción sino por el mito, que es la prolongación abstracta del fetiche. De esta manera construyóse un sistema partidario rígido cuyo hermetismo tenía que derrumbarse ante la desaparición de la pieza central, que era Unzaga. Era un sentimiento, no una ideología pero como todos los sentimientos, expresaba una doble necesidad histórica: la de la pura reacción clasista de la oligarquía despojoda y la de los sectores de las capas medias sobre los que pesaba una otra frustración, ilusoria objetivamente, real con relación a su sujeto.

La impenetrabilidad mítica de Falange se muestra más vivamente en sus contactos con lo real. No encaja en lo real sino, violentamente, es decir, agrediendo. Falange, como todos los demás partidos de Bolivia, excepto el MNR y sus desprendimientos, es producto de una importación, es decir de una enajenación. Pero el azar existe sólo gracias a la necesidad, porque sólo se puede crear lo que ya es y así se trajo a Falange —de España, de Chile— a una situación que se preparaba y así se explica que no fuera sino cosa larvaria mientras no se dieron, con la Revolución, las condiciones para su actuación política. Había un feudalismo en proceso veloz de debilitación, un "fin de raza" de los invasores antiguos que "agonizaban en un paisaje distinto", la decadencia que a fuerza de vivir de frustradas transculturaciones necesitaba finalmente las sensaciones excitantes para sentirse vivir. Como en la Alemania de las nacientes del nazismo, el falangismo fue posible dentro de esas capas, debido a cierta incapacidad para la conducta política regular, a un presentimiento del fracaso al moverse dentro de lo no espectacular, propio por lo demás, de la mentalidad desfalleciente de una clase que se negaba a sus propias reglas de juego (al fin y al cabo era la única que invocaba permanentemente el demoformalismo, que ya no tenía ninguna importancia con el voto universal) y que encaraba la muerte de los favores de un sistema con una última versión de vida fervorosa, que era el terror. La preferencia por el autoritarismo provenía de la cobardía frente a la libertad, que había quedado inutilizada por el ser menos en un status en que caótica, poderosa, informe, realmente influía por primera vez la mayoría bárbara, exacta y por fin identificada. Su triunfo —en el esquema de Unzaga— no se realizaría sino por la

aniquilación total de sus contrarios —el terrorismo como fe absoluta— de manera que los fusilamientos, el impedimento del asilo, los familiares como rehenes, todo lo que figuraba en las cavernas vengativas de sus planes, tenían su exculpación suficiente en una moral del asesinato justo. No era tampoco un maquiavelismo porque éste avanza sobre la práctica e implica una racionalización; era, por el contrario, una suerte de *paranoia* por la que la acción, la suma de los medios, entendía todo cuanto hacía como un fin. Partía de un hecho social pero no podía justificarse a sí misma sino como una negación de los hechos sociales. Aborrecían lo real porque les era adverso y odiaban lo que no podían, rechazaban la lucha de clases y eran su máxima expresión. Eran la supervivencia de algo muerto en el mundo, el ejemplo aleccionador del grado en que la alienación absoluta —no ya la alienación racionalizada de los stalinistas o los trotskistas o los democristianos— puede servir para expresar la vitalidad final de una clase condenada a la muerte.

Cuando muere Unzaga, Falange abandona en gran medida su carácter autoritarista y paranoico, su signo francamente traumático y realiza una deslavada conversión hacia la *democracia cristiana* que, por lo menos como nomenclatura para consumo de quienes no quieren comprometerse con nada, entra en boga de una manera exultante a la caída de Paz Estenssoro. En el peor de los casos dicen ser *demócratacristianos* los administradores del neopatiñismo; en el mejor, hombres que conocen mucho mejor a Jacques Maritain que la historia de Bolivia. Como el marxismo, el catolicismo o, si se quiere, el humanismo integral, no es malo ni

bueno en sí, para el país, sino en la medida de su praxis. Naturalmente, los democristianos —los que no hacen una explotación simplemente comercial de esta política— tienen como partido todos los defectos y las evasiones que son propios de un partido *ideológico*, en el sentido de la alienación por la que los conceptos son preconceptos en los que se encaja a la realidad. Sus raíces no dejan de ser, por otra parte, equívocas. De hecho, es un partido que nace mirando afuera, especialmente sometido a los impactos del ascendente democristianismo chileno, fundado además con el afán de repetirlo, así como los liberales de principios de siglo querían repetir lo que hacían entonces los liberales chilenos. Su radicalismo puede hacerse incidentalmente desafiante, porque las palabras son muy durables y resisten a cualquier discurso, pero eso no es, con frecuencia, sino la consecuencia de un juego psicológico. Nacidos de una entraña conservadora, —la católica— quieren hacerla vivir, más allá de los prestes de los barrios altos. Quieren al mismo tiempo conservar sus prejuicios predilectos y realizar su conciencia pero a menudo su conciencia, que les inclina a apoyar las reformas, hace fraude a sus prejuicios y sus prejuicios malogran a su conciencia. Les es grato, por ejemplo, decir que rechazan por igual al capitalismo y al socialismo pero la repetición a primera y a nona de este slogan simpatiquísimo da, precisamente, la señal de su alienación. Lo que se discute no es una cosa ni otra sino la existencia de la nación para la cual, en determinado momento, su mayor desarrollo capitalista puede ser útil como lo puede ser —lo es en definitiva— seguir el camino del socialismo pero uno u otro no son sino instrumentos que usa la nación con relación a las necesidades de su lucha, de su ascenso histórico.

El único grupo político que, para responder a la *provocación* del Chaco, no acude a la alienación ideológica, como los stalinistas, los trotskistas y los demócristianos, ni la contraideología, como los falangistas, es el Movimiento Nacionalista Revolucionario partido que, desde el principio, aspira a practicar y practica de hecho una suerte de pragmatismo nacional que resulta singularmente rico y activo porque, gracias a los factores sui géneris que lo integran, adquiere una veloz capacidad para integrarse a los hechos históricos y apoderarse de ellos. Desde el principio, el MNR elige la autonomía de su desarrollo ideológico y práctico que al no arrancar de supuestos ideológicos universales, prefiere continuamente la inferencia metódica y la inducción teórica. Decide hacerse un planteamiento histórico y, por consiguiente, renuncia a convertirse en una filosofía universal. Pero como los hechos mismos no pueden ser conocidos sin darles una referencia más general, el nacionalismo revolucionario se ve obligado a una continua síntesis ideológica que sin duda habría concluído en una elaboración especulativa abundante y errátil —a la manera del APRA— si no hubiera estado respaldada por un contenido de clase que correspondía a los sectores más activos de las clases nacionales.

Esta alianza puso de principio al MNR en lo que podría llamarse el centro de los hechos y su praxis resultó, por tanto, tan castigada que, por lo menos hasta la toma del poder, no se desvió jamás hacia los hechos innecesarios. Su carácter de pragmatismo político nacional se expresa también en otros aspectos: no aspira a crear un partido científico; sabe que las clases —coincidentes en tareas históricas a un plazo relativamente largo pero, en cuanto clases, con fines últimos diferentes entre sí— no pueden realizar su alianza sino

como movimiento. Como elige comenzar desde dentro, rechazando los supuestos ideológicos universales, sin averiguar si son exactos o no, porque tomará los que la realidad le pida, su propósito no es ser la traducción boliviana del marxismo o del cristianismo y, en consecuencia, tiene que remitirse de cotinuo a la propia experiencia nacional. Así, el MNR, para explicarse, tiene que explicar la historia entera de Bolivia de tal suerte que su revisión se convierta en una necesidad política; su misión es desalienar y desencadenar.

De la conexión de estos elementos resulta claro para el MNR que el propio nacionalismo, como apelativo político, es otra abstracción si no contiene a las clases nacionales, es decir que *el nacionalismo sin la lucha de clases, en la que se concreta vitalmente la disputa entre la Nación y la Anti-Nación, es una palabra* y nada más, cuando no otra forma de enajenación. Pero, por otra parte, las clases nacionales no se unen por un pacto ideológico sino por la acción en común y así, de la praxis, de la flexibilidad táctica imprescindible para crear y mantener la alianza, de la inducción doctrinal —que parte del análisis de los hechos concretos para sintetizarlos en la doctrina como tal— se forma un repertorio ideológico que elige sus propios limites. Es fácil observar que, con estos pre-supuestos. el MNR no podía considerar siquiera las pseudo-oposiciones entre laicistas y católicos, entre democráticos y totalitarios o entre militaristas y civilistas sino como las disputas formalistas de un juego escapista en el que los únicos interesados eran el imperialismo y la oligarquía.

A lo largo de los próximos capítulos se advertirá cómo esta síntesis, eficaz y sabia en sí misma, que

organizó con perspicacia y puntualidad una movilización histórica para la que el pueblo boliviano estaba ya dispuesto después de la Guerra del Chaco, iba sin embargo a pagar su propio tributo a las nociones antinacionales de la pedagogía oligárquica, a determinadas formas ideológicas de la alienación y, finalmente a la flagrante inexperiencia política de las clases que, con el Movimiento Nacionalista Revolucioario, entraron por primera vez a las discusiones históricas de Bolivia.

V

RAZON DE PATRIA

"Los ejércitos derrotados pasan por una buena escuela".

Lenin.

La sustitución del héroe por las clases heroicas — La unidad entre las clases perseguidas — Conjura y no pedagogía — Acuerdo conspirador entre militares nacionalistas y proletarios mineros — El incendio natural — Desencadenar y desalienar — Los militares congelan el nacionalismo puro — Los vengadores famélicos de la nación — La "perra fiel del socavón" muere entre las punas rotas — Democracia huayralleva y militarismo en la dictadura oligárquica — Los mineros se oponen a las exportaciones de capital — Impaciencia ante la insubordinación anti-patiñista — La masacre de Catavi — Un apacible golpe de Estado — Riqueza estratégica de militares y mineros — Razones míticas del sentimiento de casta — Las dos tradiciones del ejército — Las leyes de la obediencia y el deber abstracto — Sacralización del ejército de casta — El Estado frustro: sus órganos son la caricatura de una caricatura — La fraternidad social de las batallas

Por una parte, el nacionalismo comprende temprano que no será verdaderamente nacional sino a través de la lucha entre las clases y se hace, en este sentido, de inmediato, lo contrario de la falsa consigna de la *unidad nacional* in abstracto que postulaba la oligarquía para acumular, aglutinar y concentrar clases y hombres en torno del quieto nudo antinacional de su status. Para ella, su status era la nación y no podían comprender a ésta de otra manera que como el dominio de las condiciones de su status. La exclusiva y excluyente unidad nacional legítima era, empero, la unidad entre las clases perseguidas o exiliadas, que eran a la vez las únicas clases nacionales, cuyo fin histórico preciso consiste en la expulsión de las clases extranjeras, descendientes o agentes o socios de la invasión, cuya presencia en el país, por sí sola, va ya contra el orden natural de las cosas. Pero la política no depende sólo de una exacta colocación sino también de un exacto propósito y el fin de esta política como de cualquiera otra era el poder. El nacionalismo vincula a las capas medias con el proletariado pero no como un pacto lato, como una fraternidad extensa y numérica, sino como una conjura y si esto hubiera sido tan general no habría sido al final una política sino una pedagogía. Esta asociación trabaja con una materia más castigada: no las clases enteras sino los grupos más expresivos de esas clases, los sectores más centrales y los mejor situados, son los que se insertan en el acuerdo conspirador que es, desde el principio, el nacionalismo revolucionario. Conectados como grupos infaltables del pacto, los militares y los mineros dan ejecutividad airada a los objetivos de la política nacionalista pero no pasará mucho sin que las características de tales agrupaciones entren en movi-

miento como un incendio natural. El proletariado precipitará la lucha de clases y la convertirá en una guerra entre las clases pero al responder —con los fusilamientos— en nombre de sus aliados —los mineros— los militares demostrarán que ya están rezagados. El nacionalismo debía desencadenar y desalienar y ocurre en efecto lo primero a partir de la nueva clase política, que es el proletariado, pero la reconquista de las propias razones, la desalienación de los militares, sólo se cumple de prisa y sin forma de suerte que este grupo, de acuerdo con sus propios mitos, interrumpe su desarrollo nacionalista en el momento del nacionalismo puro, que ya se había hecho obsoleto.

Si hubiera que localizar en un hecho el momento en que el proletariado minero ingresa a las luchas políticas del país, ése tendría que ser la masacre de Catavi. Una bandera se cosió a tiros en el cuerpo de la palliri que iba al frente de los vengadores famélicos de la nación y por eso se llama a esa insólita pampa acorralada por las punas rotas y por las kopajiras, el campo de la María Barzola. Los mineros pedían sólo mejores sueldos y el ejército oligárquico, como había hecho varias veces, disparó sobre ellos. Hasta entonces, la dictadura de la oligarquía minero-feudal había delimitado el juego político nacional, interrumpiéndolo en las capas medias, excluyendo a los proletarios y los campesinos. Por debajo de la democracia *huayra leva* o democracia de los caballeros, —voto calificado, reduciendo la participación electoral al uno por ciento de la población— en un sistema que podía ser alternativamente demoformalista o militar, en una forma o en otra. Bolivia no había conocido en ese siglo sino un régimen constante y uniforme que era el de la dictadura

oligárquica, en cuya cumbre estaba el Superestado minero.

Reclamando por sus salarios, protestando por las condiciones inmisericordes de vida a las que se los condenaba en la barbarie de los campamentos y los socavones, los mineros estaban haciendo, en el hecho, un planteamiento mucho mayor que era la oposición a las exportaciones de capital —base del sistema de explotación de las minas bolivianas trabajadas por Patiño, Hoschild y Aramayo— por medio de la acción de las masas. Acostumbrados a designar Presidentes, ministros y diputados, a redactar en sus oficinas los decretos nacionales, impacientes a la vez ante la creciente prédica antipatiñista en un país cuyo signo empezaba a ser la insubordinación, los personeros del Superestado trataron de cortar por las raíces los reclamos obreros y, de acuerdo con sus cánones metódicos, no se les ocurrió otro medio que la masacre para dar acabamiento a las protestas. El expediente, desde luego, no hacía novedad y estaba dentro de los reglamentos de la Gran Minería pero esta vez los hechos asumieron una patente explosividad política porque eran familiares y conexos con el movimiento anti-oligárquico de las ciudades que, en las calles y en los periódicos, evaluaba la farsa de una dictadura sangrienta, falsa y ya incoherente. A las mismas horas en que el stalinismo vacilaba acerca de la conveniencia o la inconveniencia "táctica" de la lucha obrera en un momento en que la URSS estaba en guerra con Alemania, el Movimiento Nacionalista Revolucionario, por medio de su prensa, de sus diputados, de su capacidad de llegar y posesionarse de las calles, denunció integralmente el contenido de la masacre de Catavi y a partir de ese momento se convirtió en el partido político de los mineros. Orga-

nizó a la vez la Federación Sindical de Trabajadores Mineros y desde entonces, todas las conquistas obreras sin excepciones, se harían bajo el signo del M.N.R.

Partido de los ex-combatientes, el M.N.R. entra, al mismo tiempo, en contacto con los oficiales nacionalistas, que habían combatido en el Chaco en la primera línea y, por esta vía, se concreta en él la alianza entre el proletariado, los militares nacionalistas y los intelectuales revolucionarios, pacto que se hace inmediatamente convulsivo y deflagrante, que toma el poder con una facilidad casi apacible, después de una conspiración civil-militar, con el golpe de Estado del 20 de diciembre de 1943, que lleva al gobierno al que el pueblo llamó régimen Villarroel-Paz Estenssoro, es decir, a la alianza entre la logia RADEPA (Razón de Patria) y el Movimiento Nacionalista Revolucionario.

La insistencia en la conexión entre estos dos sectores muestra con transparencia el grado en que el nacionalismo del M.N.R. era revolucionario y con vocación por el poder y no un blando planteamiento de reformistas accesorios. Los militares y los proletarios (especialmente los proletarios-mineros) son, en efecto, los dos grupos mejor colocados desde un punto de vista estratégico, los más ricamente dotados para la acción directa. La disposición de las armas y de la fuerza de las armas por los unos y el control de las zonas decisivas de la producción, sin cuyo funcionamiento el sistema económico se interrumpe insoportablemente, por los otros, hacen que estos grupos sociales sean en Bolivia las claves del poder concreto y, al acudir a ellos, al cubrirlos y relacionarlos políticamente, el M.N.R. estaba manifestando su decisión de derrocar a la dic-

tadura oligárquica como tal y no sólo a su episodio presente, a un gobierno determinado. Expresaba la convicción de que la transformación social, la sustitución de las clases en el uso del poder y la nacionalización del poder mismo no eran posibles sino por la vía de la violencia, es decir, por lo que se conoce propiamente por la Revolución. El nacionalismo es una insurrección.

Los militares pertenecen a un estrato sui géneris de las capas medias y siguen, por consiguiente, las características de estos agrupamientos que son características de un desdoblamiento. Constitucionalmente están dotados para dividirse, para bifurcarse y contradecirse pero esta inclinación está además respaldada por un suplemento informante: como institución misma, no sirven a una tradición sino a dos; descienden de un ejército que fue la organización republicana de las guerrillas pero también de las tropas que ocuparon el país a todo lo largo de la dictadura oligárquica. En condiciones corrientes, la oligarquía enajena al ejército de sus fines nacionales, implantando en los militares una razón mítica, que es el sentimiento de casta. De acuerdo con las leyes de la obediencia y la consagración del deber abstracto, supuestos de un ejército de casta, los políticos se equivocan y también las clases; la institución, jamás. Es la pedagogía antinacional la que instala estos ritos por los que el ejército se sacraliza y los militares se convierten en una suerte de vigilantes de la historia, a la que entran para corregirla, bajo la sumarísima doctrina Dios-Patria-Hogar. Sin duda es en este sentido, pensando en las burguesías europeas que fueron capaces de realizar con éxito sus Estados nacionales, que Marx escribió que en último término no hay sino dos fuerzas que son el ejército organizado y el pueblo desorganizado.

Si en lugar de enlazarse con el imperialismo y servirlo casi sin condiciones la oligarquía boliviana se hubiera aproximado a ser siquiera la versión menor de una burguesía nacional —hipótesis que es aceptable sólo con fines expositivos—, si en efecto hubiera avanzado en la formación de un Estado nacional boliviano, que al fin y al cabo es una tarea burguesa, los militares no habrían sido cosa distinta que el brazo armado y conservador de su status. Pero no sólo no inició esas tareas, que teóricamente correspondían, sino que implantó al Superestado a causa del cual el boliviano fue siempre un Estado frustro, una semiforma estatal. Las formas del poder político oligárquico, por otra parte, fracasan específicamente en el Chaco y, al impedir la formación de verdaderas instituciones nacionales, tampoco las instituciones encargadas de las misiones conservadoras y defensivas del status existen de un modo realmente orgánico. En la imitación de un Estado, en un Estado frustro y nonato, sus órganos son la caricatura de una caricatura. Por otra parte, en la Guerra, los militares pueden ver, desde dentro, el funcionamiento de las entrañas de este monstruo ridículo y son después, inescapablemente, el ejército de una guerra que se perdió, que fue tomada siempre por todos como una derrota no de la oligarquía, como fue en realidad, sino de la nación entera que, mutilada desde dentro, no podía cumplir ni aun con fines limitados. La derrota existe no en el objeto sino en el sujeto; exista o no el enemigo, los combatientes saben que aquí hay un daño de la nación. Destituídos los mitos oligárquicos por su propia ineficiencia, desacralizado en alguna medida, por lo menos en sus integrantes más lúcidos, el status que se les obligaba a defender, los militares adquieren un modo de ser dado a las revisiones y el desconcento

y entran con comodidad al pacto al que los llamaba el M.N.R. porque, por otra parte, no hacía sino repetir la vinculación humana que se había practicado en los combates, la fraternidad social de las batallas. Los hechos posteriores demostrarán que los militares que concurren a la campaña del Chaco sirven en un grado mucho menor a la mitología del ejército de casta, alienación que, en cambio, prosperará después, entre los militares que no combatieron, sistematizada por el aparato continental del Pentágono. Desligados por los hechos de su mitología de casta, pudo expresarse con holgura el desdoblamiento al que los convocaba naturalmente su carácter de clase y a partir de ese momento se puede hablar de un ejército nacionalista y de un ejército oligárquico. El nacionalismo, usando el desasosegado fermento de la Guerra, logra la resurrección de una tradición que hasta entonces había estado postergada y dormida.

Por su origen, el ejército boliviano es la institucionalización de las guerrillas o republiquetas antiespañolas, de un fenómeno que enlazaba sin separación, durante quince años por lo menos, la guerra popular por la independencia y la lucha por la tierra. Desde entonces, la *guerra boliviana* es la guerra revolucionaria —la prolongación armada de la lucha por la tierra— aprovechando el conocimiento superior de una geografía específica. La insistencia en esta línea histórica es la que explica la presencia de Busch, de Villarroel y de los militares antioligárquicos en el proceso de la Revolución Nacional. Ante los hechos del Chaco, Busch ensaya una respuesta heroica que, sin duda, implementa subjetivamente, precipita y hace posible el pacto entre las clases nacionales que, de otra manera, habría ca-

recido de un factor condensador y aglutinante. La masacre de Catavi advertía ya, sin embargo, que el proceso se conducía en el sentido de sustituir al héroe con las clases heroicas y en este hecho debe verse una señal no secundaria del tránsito que se había operado del nacionalismo puro o nacionalismo-respuesta al nacionalismo revolucionario que no se fundaba ya en el desesperado carácter creador del héroe sino en la lucha de clases. Pero el paso de una cosa a otra no podía ser automático. La supervivencia del nacionalismo puro, al que Augusto Céspedes llama nacionalismo utópico, cuando ya había cumplido magníficamente su papel con Germán Busch explica el nacionalismo militar y también militarista de la Logia RADEPA que, en pacto con el Movimiento Nacionalista Revolucionario, toma el poder el 20 de noviembre de 1943.

La interarticulación, las contradicciones y la presencia paralela del nacionalismo puro de la RADEPA y el nacionalismo revolucionario del MNR configuran el gobierno de Gualberto Villarroel, hombre en quien una nobleza apacible se unía a una rectitud imperturbable y a un sentimiento nacional muy arraigado. La moralidad de Villarroel lo conduce a un planteamiento simplificado pero su insistencia en ella lo sacrifica y así pasa de ser un reformador nacionalista a mártir de la Revolución. El sentimiento nacional se daba en Villarroel en los términos de una decisión irreductible y límpida, como la propia transparencia ejemplar de su vida: es una moralidad así como para Busch, la Patria es una compulsión heroica. Con su muerte, Busch desencadena un proceso nacionalista pero, en una resolución semejante, la RADEPA congela esa noción en un momento en que el movimiento ya había madurado.

El nacionalismo militar de RADEPA, como el propio Busch, cree que una catástrofe subjetiva puede culminar en la solución de contradicciones objetivas y, en último término, profesa una solución militar para un problema histórico. Tal es, sin duda, la racionalización que hicieron los militares de la RADEPA cuando se embarcaron en la aventura emocionada, sombría e implacable de los fusilamientos de Chuspipata y Caracollo cuando, por una decisión votada, resuelven eliminar selectivamente a miembros culminantes de la oligarquía. Uno no puede explicarse bien cuál pudo ser la lógica que les llevó a promover tales acontecimientos pero está claro que no obedecieron a las instigaciones de un rencor fortuito, a los anhelos de una violencia ocasional ni a un despotismo vulgar. Históricamente, los fusilamientos resultan la respuesta nacionalista a la masacre de Catavi. Una represión alevosa y absurda da lugar a una respuesta no menos absurda pero los militares de la RADEPA no matan para aleccionar ni para humillar sino al servicio de un mecanismo terrible y hermético, por una motivación que para ellos era final y sin apelaciones: *matan por Razón de Patria.*

Al hacerlo, quizá por eso que Tamayo llamaba las "venganzas subterráneas de la historia", obedeciendo a leyes que parecen casi misteriosas, en medio de la respiración de un juramento unánime, la RADEPA demostraba, quizá sin proponerse, que la lucha entre las clases nacionales y las clases extranjeras se había convertido en una guerra entre las clases, lucha que daría lugar después al colgamiento de Gualberto Villarroel y a la larga guerra civil de seis años —entre 1946 y 1952— que costó entre diez y quince mil vidas.

"No soy enemigo de los ricos", había dicho Villarroel, "pero soy más amigo de los pobres". Pero en la mañana del 21 de julio de 1946, su cadáver colgaba de un farol de la plaza Murillo, trofeo mórbido de la venganza oligárquica, lábaro de combate del nacionalismo. Estaba visto que, ya entonces, la única manera de ser amigo de los pobres era, precisamente, constituirse en enemigo armado de los ricos.

VI

DECADENCIA DE LA OLIGARQUIA BIRLOCHA

"La conjuración era fruto de su tiempo".

Burckhardt.

Las candidaturas de Rojas *y el ejército masacrador — Las dos fases prácticas del Estado oligárquico — La lucha de clases se hace guerra entre las clases — Una semiforma estatal — El hábito de las controversias — La oficina más barata del Superestado minero — El Estado boliviano vive de las patentes de los automóviles — Elementos del Estado oligárquico — Ruptura del poder político o irresistibilidad — Las clases exiliadas rompen el elemento población del Estado oligárquico — La cultura paralela de los campesinos indios — Práctica de una "nación oprimida" dentro de la nación oprimida — La disgregación territorial — El proletariado se hace "separatista" dentro del mismo país — El proletariado es la clase dirigente dentro de la Revolución — Fin de fiesta tonta de minorías extranjeras — Guerra civil periférica de* 1949 *— La batalla del 9 de abril de* 1952 *en el valle de La Paz — El azar*

Cuando las clases nacionales ingresan a la lucha política, después de haber sido durante siglos los testigos perplejos de una historia a la que no concurrían sino como objeto, todo el cuadro clásico para el que había sido hecho el aparato estatal minero-feudal, con raíces en un pasado más bien remoto pero con las formas que provenían de la era montista, se desmorona como las casas viejas construídas con materiales baratos. Como consistencia histórica, la república oligárquica no tenía sino las luces de los buhoneros.

Las dos fases prácticas del Estado oligárquico eran el sistema demoformalista, —basado en la democracia huayra-leva, el voto calificado y las *candidaturas de Rojas*— y su rostro represivo, el ejército de casta, cuyos generales emboscados y estrategas pierdeguerras eran en cambio perseguidores adustos de las rebeldías populares por lo que el pueblo no tardó en llamar a éste, el *ejército masacrador*. En una y otra fue rebasado. El hábito de la controversia, de las revisiones y de las denuncias fue allegado a los centros de la política, desde los campos de la Guerra, por los oficiales que, abrumados por las acusaciones de que eran objeto de parte de los políticos civiles de la rosca, maltratados por el propio sistema al que sustentaban y hacían posible, devolvieron las inculpaciones negando al poder civil, que era el de la oligarquía. Preguntándose acerca de la derrota, las gentes se dieron al análisis de un país al que antes, bombardeados por los pruritos de la oligarquía, aceptaban en bloque y asumían como una mediocre fatalidad que no se abriría jamás. De esta manera, la ira de las ciudades se convirtió en la práctica de las inquisiciones económicas, de la vigilancia política y de las exégesis sociales. La democracia huayra-leva, que tenía por protagonista, por divo y por héroe, según

circunstancias, al sector de las capas medias alfabetas, debidamente alienado, fue detestada por esos mismos estratos que eran así sus despreciadores y sus exclusivos beneficiarios y que, al hacerse preguntas, de alguna manera fueron saliendo de la alienación, la jibarización y el miedo feliz a los que estaban aparentemente condenadas. Al final, el M.N.R. que a voces proclamaba su desprecio por la democracia huayra-leva, triunfaba dentro de los mismos cánones del demoformalismo pues no sólo había conquistado a los grupos sociales estratégicamente mejor colocados sino también a los artesanos, a los profesionales, a los comerciantes, a los transportistas y a todos los que, de un modo u otro, conseguían moverse al margen de la influencia directa del Superestado, que se quedó a solas con sus embelezos y con los engaños de sus caramarilleros y cronistas. Debilitado desde dentro su aparato represivo y vencida en los mismos encajonamientos y trampas del demoformalismo, la oligarquía tuvo que afrontar además la nueva presencia inesperada de grupos que hasta entonces habían permanecido, en cuanto clases, intocados y marginales, como el proletariado minero. Clase exiliada, condenada a la constancia de una subordinación sin propósitos, cuando, por la interpenetración entre su propia fuerza sustantiva y las capas medias que se desalienaban, adquiere movimiento autónomo de clase; entra en la política pero entra definiendo, invadiendo y sobresaltando y no sólo a competir en los desabridos términos convencionales del electoralismo calificado. Su presencia será la agonía y después la ruina de un aparato estatal que era tan falso como la propia república.

De un Estado se dice, en la jerga constitucionalista corriente, que tiene por elementos esenciales el

territorio, la población y la soberanía. Los tres existieron siempre a medias o faltaron del todo o vinieron a disfumarse de modo creciente en el desguarnecido Estado oligárquico que sólo merece ese nombre para ser llamado de alguna manera. En verdad, el de la oligarquía, fue siempre un calco malo y un pobre dibujo de lo que se llama Estado, una semiforma estatal.

Los nacionalistas acuñaron el vocativo Superestado para designar al organizado sistema de flaquezas, acatamientos e inexistencias de que se integraba el Estado boliviano, que siempre fue un Estado enteco y ocasional que sólo a veces asomaba por debajo del pesado poder de la oligarquía minera cuya riqueza, existiendo en el país, por lo menos triplicaba la del Estado, que se resignaba a vivir de las patentes de los automóviles. Empresas que además se habían integrado muy temprano al mecanismo internacional del imperialismo, su presencia hacía desaparecer en los hechos y a menudo también en las formas todo lo que pudiera llamarse soberanía o poder de dominación o disposición de sí mismo del Estado boliviano que, de tal suerte no podía moverse con independencia ni siquiera en los menudos órdenes que no tenían que ver directa ni indirectamente, con los intereses de la Gran Minería. El Estado boliviano se había hecho una oficina complementaria, la más barata, del Superestado minero.

Dasfallecía también el otro *elemento esencial,* la población. Excluídos, desde luego, de toda participación política por el voto calificado y por el mecanismo represivo, los campesinos, condenados a una economía magrísima de subsistencia, en la que no conocían sino episódicamente el dinero y ni siquiera el azúcar o el

café, constituían una vasta masa humana estupefacta y exiliada que, por momentos, adquiría las características de una cultura paralela o de una nación oprimida, subyacente debajo de los holgorios y las historias de la nación oficial. Esto, que amenazaba con tener la fisonomía de una superposición cultural sin conexiones, de un antagonismo aterrado, iba sin duda más allá de la disposición por el centro-demográfico (los que formaban el poder) de multitudes-objeto, fellahs y obedientes porque los campesinos conservaban formas rudimentarias de organización política y autoridades, al margen de la propia autoridad nacional. Lo que se llamaba Estado boliviano no era, por consiguiente, a lo sumo, sino una fiesta más o menos tonta para consumo de minorías gratuitas, ajenas cualitativamente respecto del país demográfico verdadero.

Aunque jamás se propuso seriamente la vertebración territorial y la articulación económica del país, después de que la disgregación geográfica se tradujo en la pérdida de territorios importantes de la periferia, quizá el elemento del que dispuso en mayor grado el Estado oligárquico, más bien por inercia, fue el elemento territorial. Pero este mismo, con el ascenso de las clases nacionales emergentes, estaba destinado a romperse y esto fue la ruina final del Estado oligárquico. Tal desgarramiento iba a quedar en manos de los mineros. No a la manera del "separatismo" que el Brasil expansionista del Barón de Río Branco organizó con éxito en el Acre ni de la ocupación metódica por parte de extranjeros, como ocurrió con los chilenos, que al final eran mayoría amplia en el litoral, del que después se adueñaron, no. Localizados en distritos naturalmente remotos, son los mineros los que rompen

la territorialidad o espacio de validez del Estado oligárquico. Son bolivianos los que separan para sí un territorio, no para anexarlo a otro país sino para conquistar su propia nación. Esta fractura categórica es la que, principalmente sustenta el principio de que, el proletariado es la clase dirigente de la Revolución. Desde la caída de Villarroel, el Estado oligárquico no puede entrar en los distritos mineros sino mediante el uso de la fuerza armada, es decir, invadiéndolos y no puede hacer valer su poder sino ocupándolos. Eran territorios que habían escapado de sus manos y así había perdido el Estado oligárquico el último de sus elementos reales.

En 1949, el M.N.R. logra apoderarse de cinco de los nueve departamentos y plantea una guerra civil en términos convencionales, experiencia que resultó tan esforzada como desafortunada porque la velocidad de la represión oligárquica, que habia logrado mantener a salvo los centros neurálgicos del poder, impidió a los nacionalistas realizar las medidas revolucionarias que, como la reforma agraria, debían ser el complemento lógico de la movilización de las masas. Una segunda tentativa de organizar una insurrección avanzando desde la periferia fue la frustrada invasión de Villazón, intentada por Paz Estenssoro y los exiliados en la Argentina, que pensaban marchar hacia La Paz repartiendo las tierras a medida que avanzaban. Quizá el carácter mismo de la Revolución habría cambiado si cualquiera de estos planes hubiera prosperado, dándole un carácter acentuadamente agrario, pero las cosas no sucedieron así.

La batalla decisiva por la toma del poder se libró en el valle de la ciudad de La Paz, a lo largo de tres

días, a partir del 9 de abril de 1952. Una encarnizada batalla se generalizó por la ciudad entera, de Villa Victoria a Miralores y desde Achachicala y El Alto a Sopocachi y se peleó en los techos, en las ventanas, en las colinas, desde las posiciones más inverosímiles. Las características de clase de los combatientes de aquellos días son, hasta hoy, objeto de controversias encendidas, de connotaciones episódicas y de interpretaciones que suelen solamente ser anecdóticas. Es un hecho que, en el terreno puramente militar, la defección de Seleme, que engrosó las fuerzas populares con los carabineros, y la toma del polvorín fueron factores no poco importantes de la victoria. Pero ambos hechos son sólo el azar complementario de una necesidad ya determinada que era la caída indefectible del Estado oligárquico. Combatieron también en La Paz los mineros de Milluni y los fabriles pero sería discutible afirmar que el éxito de la lucha se debiera a su presencia como clase. Desde un punto de vista numérico, este proletariado se perdía en medio del mar de combatientes que pertenecían en su mayor parte a las capas medias bajas y al lumpen. Propenso ya al desmayo y al desfallecimiento, el propio Estado de la oligarquía, sus cuerpos represores, que en ese momento se habían hecho defensivos, actuaron sin embargo con cohesión y no se puede sostener que la batalla fuera ganada por el pueblo a causa de la deserción militar. Por el contrario, la lucha fue feroz porque el ejército de la oligarquía no defeccionó.

A decir verdad, el 9 de abril de 1952 fue la definición de una lucha, su batalla final y la culminación gloriosa de una guerra bastante más larga. Es arbitrario, empero, atribuir a esta batalla un carácter absolutamente iniciador, de filiación total, como punto de

emergencia de la Revolución, separándola del dilatado complejo insurreccional que la había antecedido y acompañado. A los mineros les sucedió lo que a las guerrillas o republiquetas en la guerra de la independencia: inmovilizaron un poder que no podían conquistar. A lo largo de los seis años de resistencia contra la oligarquía, en efecto, todas las clases nacionales lucharon a su modo contra el poder reaccionario pero sólo por explosiones, de acuerdo con sus características, con sus formas propias de comportamiento histórico. Dispersos físicamente además de culturalmente desterrados, los campesinos hicieron su parte en los numerosos intentos de los golpes de mano. Pero el proletariado minero, que pertenece a una clase cuya concentración se convierte en movilización permanente cuando está acompañada de la conciencia de clase, como ocurrió en Bolivia a partir de la masacre de Catavi, quebró el elemento territorial del Estado oligárquico no como un hecho incidental y episódico sino de un modo permanente. Los combates de Papel Pampa y San José de Oruro, del mismo 9 de abril de 1952 y la paralización de los regimientos del sur, que ya no pudieron asistir a la batalla de La Paz, porque fueron dispersados en su camino, corresponden también a estas características de la participación minera.

Se diría que en Bolivia se cumplió un esquema de los marxistas clásicos, contradiciendo, por lo menos en cierta medida, a determinadas doctrinas sobre la guerra revolucionaria que vinieron a discurrir después en el continente. Sin duda, fue el proletariado el que encabezó y dirigió, como clase, la lucha contra la burguesía capitalista, conocida como Superestado o como Gran Minería. Las huelgas salariales se hicieron huel-

gas políticas y las huelgas políticas hicieron posible la insurrección popular que ocurrió, el 9 de abril y en todos los conatos anteriores, como guerra revolucionaria en la ciudad. Sin embargo, es imprescindible notar el papel que cumplió el lumpen-proletariat paceño en la batalla que se libró ese día y los posteriores.

El lumpen es vasto y a veces se encubre de formas astutas de semiocupación o subocupación; no es improbable que, sumado a las capas intermedias, que son asimismo muy extensas, haga una larga mayoría dentro de la población de la ciudad de La Paz, que es el centro urbano del poder nacional. Su aptitud para la violencia, cualquiera que sea su origen, resulta ensimismada, detonante y genial, como la improvisación voraz de un animal innumerable. Su participación el 9 de abril, como en todos los casos de violencia colectiva, fue infatigable y abundante pero su presencia sirve para "desclasar" en alguna medida este tipo de fenómenos en una ciudad poco industrializada y densamente comercial, como es La Paz. Lo que en una generalización se llama proletariado es, en realidad una suma de grupos y subgrupos sociales que participan de las características de esa clase moderna pero que están a la vez sometidos a grados diversos pero habitualmente intensos de desfiguración y desclasamiento. En su mayor número, las "fábricas" de La Paz son talleres artesanales y cuando se habla de obreros de la panificación o de las construcciones por cierto se menciona a sectores que oscilan entre un proletario propiamente y un peón artesanal. Complementa usualmente el ingreso familiar la mujer, pues el trabajo femenino es universal, que en el hormigueo de los khatus y en un comercio inexplicable, imaginativo y minorista entre la ciudad

y el campo logra a veces una resuelta autonomía económica pero si hubiera que sujetarse sólo al ingreso económico y al *asiento* como indicadores de clase, —indicadores sin duda inseguros— habría que definir a este tipo popular de trabajadora independiente como un momento sui géneris entre una capa media muy baja y el lumpen.

La indefinición sustancial de las clases sociales en la principal ciudad del país expresa de una manera bastante coherente la distorsión, los entrecruzamientos y las confusiones del juego económico del país en su conjunto. Con relación al hecho insurreccional propiamente, da lugar a una suerte de movilizaciones impredecibles, de reacciones caóticas y polimorfas que sólo escasamente obedecen a una lógica clasista o que, si responden a ella, lo hacen de un modo tan inextricable que resulta difícil de descifrar para los fines de la conducción política. La participación de los sectores marginales el 9 de abril de 1952 fue resultado del clima intensamente insurreccional que habían logrado crear las clases nacionales, clima que, en su explosión, envolvió también al lumpen.

Como categorías sociológicas, por lo menos en un sentido convencional, la indefinición de las clases sociales es resultado de la baja industrialización del país pero, a su turno, es un hecho que da lugar a otros de no poca importancia táctica. El margen del azar histórico se hace más ancho y crece a expensas de la claridad de los procesos que, sin duda, nacen híbridos como el propio esquema clasista del país. Aunque la aparición del proletariado implicó una sustitución, por lo menos relativa, del héroe por las clases heroicas, la con-

fusión típica de las otras clases, capas y estratos, la vastedad de los sectores indefinibles y flotantes, de los grupos con características movibles e incanjeables, que son datos propios de un país en el que las fases históricas se sobreponen de un modo indeciso, por decir atrabiliario e informe, restablecen la validez de los caudillos y el crecimiento del factor de las personalidades porque reivindican la factibilidad del azar, como factor histórico en un país en el que las determinaciones no están claramente definidas.

La Revolución traía a la vez su existencia y su contradicción y cuando se dio a buscar sus definiciones, florecieron sus indefiniciones, la indecisión y la fácil movilidad de las clases en el poder democratizado, el poder de resolución de las personalidades, los desafíos, los desamparos y esquematizaciones de los planteamientos, la prisa semi-bárbara pero absolutamente original de clases nuevas en el propósito de hacer una nación con el calor puro y a la vez equivocado de sus propias manos.